

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 976.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

El fuerte Boyard; grabado. — **Viajes**: El desierto de Libia. — **Recuerdos de un guardia móvil**; grabado. — **La Lorena bajo la dominación prusiana**; grabado. — **Revista de París**. — **Poesía**: El hijo de la mendiga. — **El tunel del Monte Cenis**; grabados. — **Bernabé Rudge**, novela escrita en inglés por **Cárlos Dickens**. — **La Comune ante la Justicia**. — **Sepultura de Alejandro Dumas en el campo santo de Neuville, cerca de Dieppe**; grabado. — **La plaza de la Nueva Opera en París**; grabado. — **¿Qué hará de ello?** — **Nuevas contribuciones que se habrían podido imponer, con los medios de evitarlas**: **Caricaturas por Cham**; grabados.

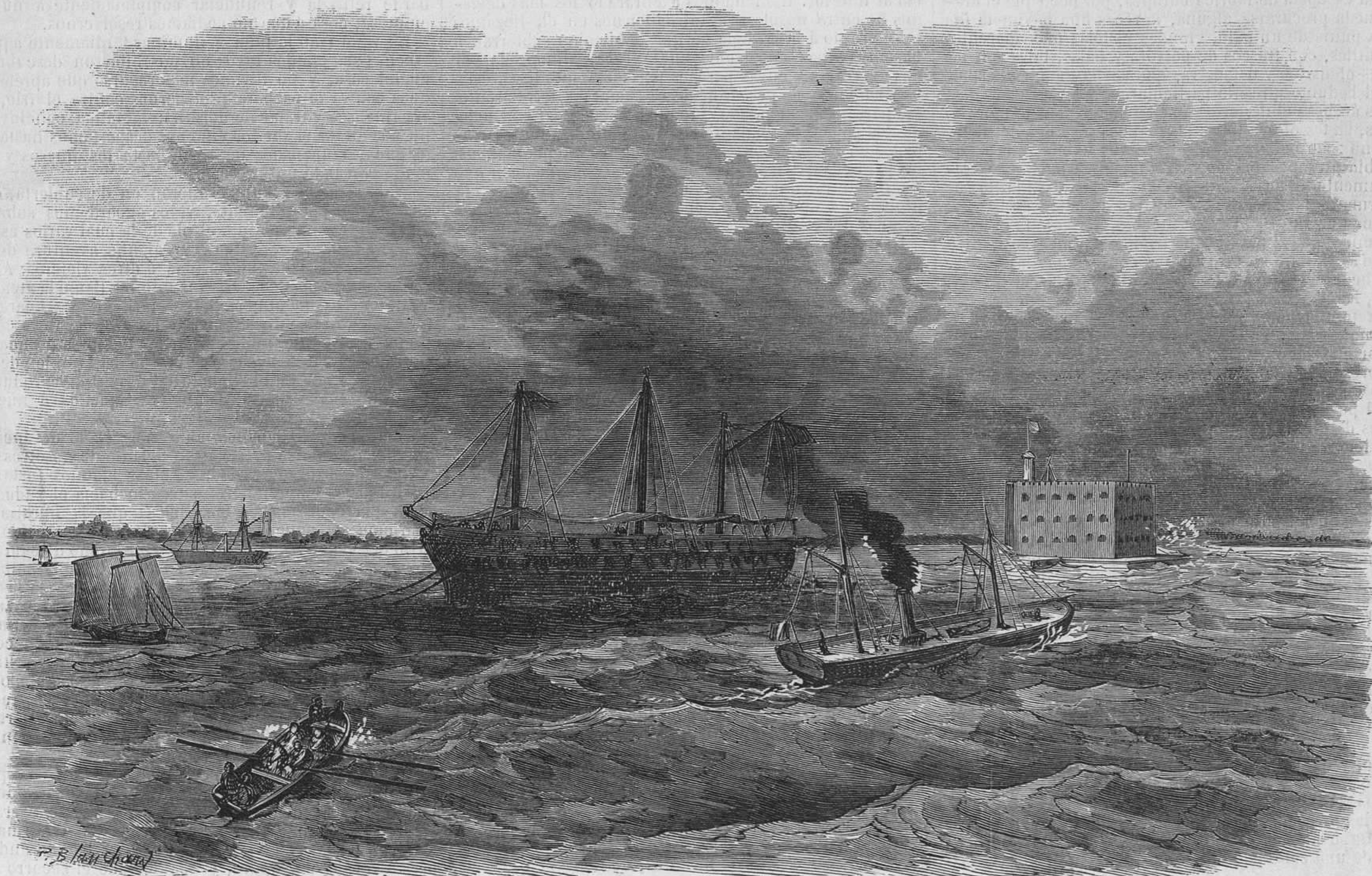
El fuerte Boyard (Francia).

Hace pocas semanas publicamos dos dibujos que representaban el fuerte de la isla Madame, en la isla del mismo nombre, situada á la embocadura del Charente Inferior. Sabido es que despues que hubo entrado en París el ejército regular, cierto número de insurrectos hechos prisioneros fueron internados en aquel fuerte, donde todovía se hallan.

Hoy damos la vista del fuerte Boyard, edificado en la costa Oeste de la isla de Aix, frente al fuerte de los Saumonards, de la isla Oleron. La isla de Aix y la isla Ma-

dame defienden la embocadura del Charente, y como el fuerte de la isla Madame, el fuerte Boyard es por esa parte, la centinela avanzada que vigila á lo lejos el horizonte.

El fuerte Boyard, exactamente representado en nuestro dibujo, habia recibido como el otro y como los pontones de la rada en la primera quincena de junio su contingente de prisioneros comunistas. Pero no debe limitarse á esto su destino. Muchos de los insurrectos condenados por los consejos de guerra á la deportacion en un recinto fortificado, deben sufrir allí su pena, y por esta razon nos ha parecido oportuno dibujar el fuerte Boyard en este número. C. P. D.



El fuerte Boyard, rada de la isla de Aix, lugar de detencion de los insurrectos condenados por los consejos de guerra.

Viajes.

EL DESIERTO DE LIBIA.

(Continuacion. — Véase el número 974.)

Se ha dicho repetidas veces que los beduinos eran un pueblo de ladrones, y que muchas de las fértiles comarcas del Oriente sufrían cada año nuevos estragos de parte de aquellos hijos del desierto. Esto es cierto, en efecto, en algunos distritos del Egipto; el terror á los beduinos ha llegado á ser tradicional en ellos, donde parece haber la convicción de que en el caso de que llegara á turbarse la paz política, caerían aquellas hordas salvajes sobre el país, como el lobo sobre el rebaño.

En semejante caso, es de presumir que obedeciendo los árabes del desierto á un impulso natural en todos los pueblos bárbaros, se esforzarían en cambiar su miserable existencia por otra más feliz y más cómoda; pero creer que los merodeadores y los conquistadores que de tiempo inmemorial y á largos intervalos han salido del desierto para devastar el mundo y renovar al mismo tiempo su vitalidad casi extinguida, no eran más que ladrones de profesión, sería admitir una idea falsa y absurda á la vez.

En cuanto á las caravanas, verdad es que los beduinos las roban algunas veces: sin embargo, si se atiende por una parte á la timidez reconocida de los traficantes, y por otra parte á la actividad del comercio por la vía del desierto, resultará que por término medio es allí la seguridad más real de lo que se quiere confesar, y que en muchos casos las contiendas que se suscitan entre los árabes beduinos y los comerciantes viajeros, no tienen otra causa que la negativa temeraria de estos últimos á pagar á las tribus por cuyos territorios cruzan, un ligero tributo igual apenas á lo que se satisface entre nosotros por derechos de tránsito.

El traje ordinario del beduino se compone de una camisa tosca ceñida al cuerpo con un cinturón, y de un par de calzones; pero lo que más particularmente le caracteriza es la gruesa manta de lana, unas veces blanca y otras listada de rayas pardas ó negras, que se pone de cien modos diferentes, pero siempre pintorescos, dejándola flotar al rededor de su cuerpo como una toga romana ó subiéndola hasta más arriba de las rodillas y cubriéndose la cabeza como con una capa.

Por la noche le sirve ese traje de cama y por el día le hace las veces de tienda. En algunos distritos hacia el Oeste, reemplaza el albornóz á la manta ó la llevan encima. En cuanto al modo de cubrirse la cabeza, varía mucho: en algunos beduinos he visto usado el chal pintarrado, en otros el turbuch, á veces también el gorro chato, pero nunca el turbante propiamente dicho, tal como se lleva en las ciudades.

Una escopeta de fábrica europea, por poco que el árabe pueda procurarse alguna, á veces una bayoneta fija en la punta de un palo, grandes pistolas más aparentes que útiles, con frascos de pólvora y balas, tales son las armas ofensivas y defensivas que acaba de dar al aspecto del beduino un sello particular.

Los árabes del desierto son en general bien proporcionados, su tez ofrece todos los matices posibles del color moreno: sin embargo, una tribu que habita la costa de la Libia presenta una curiosa anomalía, pues es extremadamente blanca y se diferencia de las otras tanto por la forma de las facciones como por el color de la piel. Se dice que su origen es germánico, y remonta al establecimiento en el país de una tripulación austriaca, cuyo buque se estrelló en otro tiempo contra aquellas costas.

El beduino tiene por lo regular el rostro largo, los ojos vivos, las mejillas prominentes, la nariz aguileña, y la barba puntiaguda y con poco pelo. La expresión de su fisonomía es agradable, y las más veces revela el buen humor mezclado con un poco de malicia. Con todo, los hombres de edad y los jefes de tribus afectan en su aspecto una dignidad que degenera á veces en arrogancia; y casi puede decirse que la raza entera adolece más ó menos del vicio del orgullo, el cual, como es sabido, es casi siempre compañero de la miseria indolente. El beduino, por lo común muy pobre, tiene que ocuparse en algo por necesidad, pero lo hace siempre muy contra su gusto y rara vez se muestra industrioso. Por lo demás, nunca se asocia en él el orgullo al sentimiento de la independencia. Yunus y Saleh que rechazaban con indignación el menor servicio, que por cualquier evento se presentaba ocasión de hacerseles naturalmente, no hacían escrúpulo alguno en registrar por la noche nuestra tienda y quitarnos lo que juzgaban que podía servirles.

Para completar estas breves observaciones sobre el carácter de los árabes del desierto, creo deber añadir una palabra sobre el contraste que se nota entre su modo de vivir en sus casas y el que tienen cuando se les encuentra en las grandes poblaciones. Todos los gallos de la tierra cantan victoria cuando se hallan en su propio gallinero, y lo mismo sucede con el beduino. Pero véasele recorrer las calles de Alejandría, y se dirá al punto con los alejandrinos « que va las orejas bajas y el rabo entre las piernas, como perro de aldea que se encuentra fuera de su sitio. » Apenas aparece un beduino en la entrada de una calle poco frecuentada, cuando dos viejas

burlonas desde su ventana, opuestas una á otra, hacen ademán de tejer un cordón á través de la calle. El árabe se acerca con su escopeta al hombro.

— *Wati, wati*, bajaos, bajaos, le gritan los transeúntes. El pobre beduido obedece y se arrastra casi en cuatro piés levantando los ojos para descubrir el pérfido cordón con que le meten miedo.

— Mas bajo, mas bajo todavía, repiten los chuscos, hasta que al fin las carcajadas que no pueden ya contenerse, anuncian al habitante del desierto que es víctima de una burla.

— ¡Os burlais de mí! exclama encolerizado; pero á pesar de eso huye á toda prisa, y sabe muy bien que si se aventura á entrar en alguna tienda, corre riesgo de ser engañado ó silbado.

Después de un descanso de treinta horas en Mudar, salimos de este punto en la tarde del 25 de setiembre. Separándonos esta vez enteramente de la proximidad del mar, teníamos delante de nosotros, á algunas leguas de distancia, una cadena de colinas terminadas por una meseta y cuyas pendientes ásperas y pinas nos parecían desde lejos imposibles de subir.

Mientras que hacíamos sobre el particular conjeturas poco satisfactorias, nuestros beduinos, en compañía del nuevo guía, decían sus oraciones con un fervor más grande. Es bastante original el modo como cumplen con aquel deber cuando van de viaje y los momentos son preciosos. En vez de detener á la pequeña tropa, de atar los piés á los camellos, de extender algún paño sobre el suelo, de clavar una lanza en la arena; en una palabra, en vez de arreglar pintorescamente una escena al estilo de Horacio Vernet, nuestros toscos conductores hacían la cosa más á la ligera.

Tomando alguna delantera sobre el resto de la caravana, se arrodillaban é imitaban con el auxilio de la arena todas las formas de sus abluciones ordinarias, fingiendo que tomaban agua en la mano, y se frotaban con ella los brazos, el rostro y el cuello, acompañando su pantomima con ciertas evoluciones del cuerpo. Durante aquella ceremonia, los camellos se adelantan, se desvían del camino ó se quedan rezagados, y entonces se interrumpen las prácticas de devoción para dar lugar á los gruñidos, á las imprecaciones y á los golpes distribuidos sin escrúpulo á aquellos pobres animales; y las oraciones y genuflexiones quedan aplazadas para mejor ocasión. Por tres ó cuatro veces seguidas, durante la mañana, volvía nuestra gente al mismo ejercicio, y no lo interrumpía hasta que el sol volvía á bajar sobre el horizonte.

Un viaje largo, peligroso, y sobre todo penoso, unas veces por barrancos profundos, otras por un Océano no de arena sino de piedras, nos condujo al fin hoy á la meseta de que he hablado. Una cosa blanca que llamaba nuestra atención, vimos que no era más que una reunión de montecillos formados con piedra y arena. Apareció por un momento una forma humana y desapareció al punto; pero el ruido de algunas voces que salían de debajo de la tierra, nos indicó su huella y descubrimos un paso muy estrecho practicado en la roca, y que conducía al interior. Habiéndonos aventurado los más delgados de entre nosotros á introducirnos en él, llegamos muy pronto á la entrada de una habitación subterránea bastante capaz, construida en la roca, alumbrada por dos aberturas y cuyas paredes perfectamente lisas, estaban cubiertas de geroglíficos. El suelo, de tierra arcillosa, parecía más cuidado y dejaba apenas salir el agua de dos pequeños manantiales. Unos niños árabes ocupados en beberla nos invitaron con ella: tenía mal gusto, pero era fría como la nieve. Creo excusado decir que esa fuente remonta á los tiempos de los romanos, y era probablemente entonces, como lo es ahora, una de las paradas del camino que conduce al oasis.

Cuando salimos de aquella caverna, encontramos á nuestros guías conversando con varias mujeres y niños que habían venido de un campamento vecino: ningún hombre les acompañaba, circunstancia de que más tarde adquirimos la explicación. Entre aquellas mujeres, una joven bastante linda y graciosa, viendo el trabajo que nos costaba colocar nuestra tienda á causa de la dureza del terreno, cogió el mazo, y sirviéndose de él con una destreza poco común, logró sujetar las clavijas, cosa que no acertaban á hacer nuestros criados. Lo que más nos agradó en su acción, fué que después de haberla hecho se retiró sin aguardar la menor recompensa, prueba evidente de que solo la había movido á prestar aquel servicio el deseo de ser útil.

El pozo de Salem, pues así es como se llama la fuente de que acabo de hablar, surte de agua á una tribu de diez y siete caravanas: la meseta de mucha extensión sobre la cual está situada, no ofrece nada notable; es una llanura sembrada de piedras con una vegetación escasa y menguada, entre la que la planta llamada *Shia* en el país se halla en mayor abundancia que á la orilla del mar: esa planta odorífera se cultiva en tiestos en Alejandría, y forma en el desierto el alimento principal de las gacelas.

Por la tarde, á la hora de habernos puesto en camino, la fisonomía y los ademanes de nuestros beduinos nos hicieron comprender que sucedía algo alarmante. Al mirar en torno nuestro, vimos á ocho hombres armados de escopetas que avanzaban rápidamente á nuestras espaldas: según todas las apariencias, venían de la aldea en que habíamos estado por la mañana, y en la que no habíamos hallado hombre alguno. La circunstancia de haberse mantenido ocultos con tanto cuidado, y luego la de venir armados tras de nosotros, no abogaban mucho

en favor de sus intenciones, y así fué que juzgamos prudente ponernos en estado de defensa: dióse al punto la orden de cargar con bala nuestras armas, y haciendo frente á los beduinos, aguardamos á estos en buen orden.

No se les escaparon á aquellos estos preparativos, porque cejaron visiblemente en la rapidez de su marcha. Entre tanto, y aun antes de que estuviesen á distancia de poder contestar, les intimaba Yunus que explicasen sus designios haciendo ademán de amartillar su carabina y sus pistolas, con el aire más fanfarrón que pudo tomar. Saleh, igualmente que Wahsa, nuestro nuevo guía, le imitaban á porfía en aquellas demostraciones guerreras: en cuanto á nuestros dos pobres árabes, se mantenían apartados temblando con todo su cuerpo y aguardando de minuto en minuto que les cortasen la cabeza.

Sin embargo, las cosas no debían llegar hasta ese punto: nuestra actitud marcial produjo quizá buen efecto, ó acaso también nuestros guías calumniaron las intenciones de los que « beben en el pozo de Salem. » Como quiera que sea, la tropa hostil se detuvo á alguna distancia, se entró en conferencias, y después de algunos momentos de explicación, nos dijeron nuestros guías que aquel destacamento armado había salido en busca nuestra con la intención pacífica de vendernos un *ihram* ó manta de lana blanca y negra al precio de 17 piastres. Quedamos muy satisfechos, tanto de la explicación como de la compra, porque la manta elaborada en las tiendas con la hermosa luna del desierto es un excelente remedio contra el frío agudo de las noches. Terminada aquella pequeña aventura continuamos nuestro camino á pesar de los temores y de las amonestaciones de nuestros criados, los cuales estaban en la persuasión de que los salemitas nos aguardarían más adelante en alguna emboscada para asesinarlos.

Ayer tarde, después de algunas horas de un viaje penoso, Wahsa, que parecía dudar hacia algunos momentos sobre la dirección que debíamos seguir, nos confesó que había perdido de vista el verdadero camino, y que nos habíamos extraviado. Era esta una noticia desagradable, porque en el desierto, una hora perdida en vanas pesquisas es una prenda segura de una prolongación de sufrimientos y de privaciones. Lo único, pues, que podíamos hacer, era resignarnos y aguardar el día en el sitio en que nos encontráramos, no obstante la ninguna comodidad que ofrecía. Las horas de aquel viaje nos parecieron muy largas. Agrupados confusamente en la oscuridad, sobre un terreno sin agua, cercado por todas partes de enormes colinas, sin oír más ruido que el de nuestras propias voces, perdidos á igual distancia del mar y del pequeño islote de verdura que íbamos á buscar, sin atrevernos á dar un paso por temor de extraviarnos más todavía; nuestras ideas, como es de presumir, no podían ser de color de rosa. Verdad era que Alejandro el Grande se había extraviado también en otro tiempo, casi en el mismo sitio, volviendo á hallar su camino, gracias á una intervención milagrosa; pero nosotros no éramos de tan buena casa para esperar igual favor. Por otra parte, retroceder hacia el mar con la ayuda de la brújula, hubiera sido una cobarde retirada y renunciar completamente á nuestra empresa, cosa á que no podíamos resolvernos.

En vano vino la luna á iluminar tardíamente aquella escena; sus pálidos rayos no nos hicieron descubrir la menor cosa, y no tuvimos más recurso que apretarnos unos contra otros para protegernos contra el frío, que era intenso, y tratar de dormir: la fatiga concluyó al fin por atraer el sueño, y no nos despertamos hasta esta mañana, empapados de rocío hasta los huesos y tiritando con todo nuestro cuerpo.

Wahsa, Saleh y Yunus salieron en descubierta, cada cual por un lado diferente, y los aguardamos sobre la pendiente de una colina, al pié de la cual varios esqueletos de camellos atestiguan alguna aventura desastrosa ocurrida con anterioridad á otros viajeros. Al dirigir mis miradas en derredor mio me llamó la atención la pureza de la atmósfera: á medida que aparecían nuestros guías sobre la cima de las alturas, los reconocía hasta el punto de distinguir las menores prendas de su traje; el ruido de sus pasos resonaba también de una manera extraña en el silencio del desierto, y producían el mismo efecto que si caminaran aquellos á nuestro lado.

Todavía nos hallábamos en aquel estado de incertidumbre cuando se presentaron delante de nosotros dos cornejas, que después de revolotear algunos instantes por los aires, emprendieron su vuelo hacia el suroeste.

En una época más supersticiosa que la nuestra, la aparición de aquellas aves nos hubiera parecido un aviso del cielo, y nos habríamos apresurado á seguirlas, como hizo Alejandro, y con el mismo buen resultado; pero no escuchando más que las sugerencias de la prudencia humana, preferimos aguardar la vuelta de Wahsa en el sitio en que estábamos. Entre tanto, corría el tiempo y no le veíamos volver. Un tiro disparado como señal por uno de nuestros guías quedó sin respuesta, y aquello principiaba á alarmarnos. Al fin, estimulado por la inquietud, subí á una altura bastante elevada, recorrí allí con la vista la inmensa extensión del desierto, y no tardé en descubrir á una distancia prodigiosa un ser humano que se movía con rapidez.

Constituíme al punto en telégrafo viviente, y después de algunos momentos de espera tuve la satisfacción de reconocer que había sido visto. Wahsa, pues era el mismo, se reunió á nosotros extenuado de fatiga, maldiciendo á nuestros árabes, que tan torpes habían andado para sacarnos del apuro, y bendiciendo el socorro que

acababa yo de darte, sin el cual, decía, jamás hubiera podido encontrarnos. Por lo demás, sus pesquisas habían sido felices; la huella del camino que debíamos seguir se hallaba á corta distancia, y ¡cosa extraña! estaba precisamente en la dirección indicada por el vuelo de las dos cornejas.

Desde aquel punto de nuestro camino tuvimos ya constantemente por guías en nuestro viaje una doble fila de montones de piedras debidos á la industria de las caravanas, y sin cuyo auxilio sería imposible orientarse á través de un verdadero laberinto de colinas de arena. Algunos de aquellos montones no se componen mas que de una media docena de piedras chatas, colocadas unas sobre otras en forma de columnas; otros, por el contrario, son unas pilas de guijarros de seis á siete piés de altura.

Esa costumbre caritativa de señalar el camino á los viajeros creo que es común á todas las comarcas en que hay grandes desiertos. En general los árabes se muestran fieles á ella; sin embargo, se asegura que la raza berberisca se ha opuesto siempre á dicha costumbre, y que los habitantes de Siwah, descendiente de aquella raza, nunca han consentido en nada que pudiese hacer cómodo y fácil el camino de su oasis.

En el país que recorreremos hace dos días, las colinas iban siendo mas escasas, y esta mañana hemos dejado las últimas en el horizonte. Una llanura pedregosa ligeramente ondulada que hemos cruzado hoy, no presentaba á nuestros ojos la menor verdura; apenas, en cortos intervalos, alguna mezquina planta ofrecía á nuestros camellos sus hojas medio secas. Al llegar á la entrada de un pequeño barranco, cuyo fondo parecía estar diez piés mas bajo que el nivel de la llanura, cuál no fué nuestra sorpresa al ver sobre uno de sus costados, primero un árbol solitario de una forma elegantísima, y luego algunos grupos de árboles de la misma especie.

Aquella vista nos causó un placer indecible; era la primera vez, desde que salimos de Alejandría, que nuestros ojos veían un vegetal con la apariencia y las proporciones de un árbol: así fué que, aunque al acercarnos reconocimos que no era mas que un espino de una especie gigantesca, no nos cansábamos de contemplar su verdor. Hasta nuestros mismos animales parecían gozosos de aquel encuentro, y fué preciso apelar á la fuerza para sacarlos de aquella escasa sombra y obligarlos á continuar su camino. El nombre que dan los árabes á aquel vegetal es dalagh; su tronco torcido y lleno de nudos suda una cantidad considerable de goma; sus ramas numerosas, dirigidas en todos sentidos y enredadas unas en otras, estaban cubiertas de largas espinas blanquecinas y de pequeñas flores amarillas formando ramos.

Esta mañana, entre diez y once, el calor, verdaderamente excesivo, nos obligó á hacer un descanso; á las doce, en la sombra, el termómetro de Fereihnet marcaba cien grados, á pesar de correr un viento tan fuerte que casi se llevaba nuestra tienda. Apenas nos hallamos instalados cuando nos puso en movimiento la vista de seres vivientes que adelantaban hácia nosotros, dejamos cada cual nuestra pipa y tomamos las carabinas; pero muy pronto reconocimos que aquella gente no era mas que una caravana que viajaba como nosotros por el desierto; sin embargo, como los que la componían podían pertenecer á alguna tribu enemiga de nuestros beduinos, era de recelar algún conflicto.

Entre tanto la vista de nuestra tienda causó la misma alarma en la gente de la caravana, y algunos individuos de ella se acercaron con el mosquete en la mano á alguna distancia de nuestro pequeño campamento. Después de algunos momentos de observación uno de ellos se acercó mas, colocándose de modo que en caso necesario sus camaradas pudiesen hacer fuego sin tocarle.

Aquel joven beduino, de cinco piés y seis pulgadas de estatura, tenía el rostro atezado, la nariz aguileña y la fisonomía mas hermosa del mundo.

Al verle adelantarse poco á poco hácia Yunus, manejar su arma con gracia, dirigirnos miradas en que todavía se descubría mas curiosidad que prudencia, me parecía asistir al encuentro de un joven león en toda su fuerza y de un tigre viejo del desierto. Como quiera que sea, después de una multitud de precauciones oratorias, cuyo interés principal lo constituían las carabinas bien cargadas, nuestros dos jefes concluyeron por abrazarse, sus gentes se mezclaron entre sí, y entre unos y otros se estableció un cambio de agasajos.

Fuese pobreza ó fuese imprevisión, las provisiones de aquella caravana parecían muy mezquinas. Apenas llevaban bastante agua para sus camellos, y nosotros, que teníamos que economizar la que nos quedaba, dimos un poco á los jóvenes de que he hablado, en cambio de lo cual recibimos una cestilla de excelentes dátiles frescos, y la seguridad positiva de que en Siwah no reinaba á la sazón epidemia alguna. Aquellos beduinos, de una tribu de las orillas del mar, volvían de Farah adonde habían ido á hacer su provision de dátiles para el invierno.

A la mañana siguiente llegamos al pié de los montes llamados Gour-el-Laban ó montañas lechosas, y pudimos admirar el espectáculo imponente que presentan en aquel sitio. A nuestra izquierda se elevaba una roca inmensa, aislada, que tenía la forma de una ciudadela con torres á sus costados, y rodeadas de una multitud de baluartes sobrepuestos unos en otros en el desorden mas pintoresco.

Delante de nosotros se abría un estrecho pasaje, mientras que á la derecha un enorme bastion natural que continuaba una cadena de elevadas colinas presen-

taba á nuestros ojos sorprendidos el aspecto de una ciudad imperial coronada de cúpulas, columnas y palacios mucho mas vastos é imponentes que los de la Alhambra en Granada ó los del Vaticano en Roma. Excusado es decir que la mayor parte de aquel espectáculo era el resultado de una ilusión óptica. Sin embargo, es de notar que casi todas las rocas de aquella comarca tienen un corte arquitectónico muy notable.

No habiendo medido aquellas, no me es fácil señalar su altura con exactitud; pero por una aproximación que mas bien creo inferior que superior á la verdad, las considero de unos 500 á 600 piés de elevación desde su cima hasta su base, que descansa, como he dicho antes, sobre una cadena de colinas mucho mas elevadas que las rocas mismas. El Gour-el-Laban visto del otro lado del Garah, á la distancia de 30 millas, se eleva sobre el horizonte bajo una forma á la vez extraña é imponente.

(Se continuará.)

Recuerdos de un guardia móvil.

(Continuación. — Véase el N.º 975.)

El tren espera. Ahora se trata de hacernos entrar en los vehículos.

— ¡Señores, á los wagones!

Los oficiales comienzan su servicio. ¡Buena tarea! En tanto que cinco guardias móviles entran por un lado, quince se apean por el otro. Capturan á estos y los otros se escapan. Son como anguilas que quieren encerrar en una cesta.

Los coches de segunda clase son para los sargentos y cabos, como los de primera se reservan para los oficiales.

Perfectamente; pero sucede que los simples soldados invaden las segundas.

El ayudante se encuentra en el caso de tener que conquistar su puesto á fuerza de puño, contra uno de los nuestros, cuyas ideas en materia de gerarquía, ha trastornado radicalmente el divino Baco.

Por lo demás, el batallón no está completo y se pasa la hora.

— ¡Los rezagados que se apresuren!

Llegan uno á uno desdeñando el camino mas corto y haciendo en el trayecto los festones mas extravagantes. Y no hay mas remedio que esperarlos.

— De prisa, señores: ¿sois hombres ó tortugas?

— Mi capitán, tiene la culpa mi tío... Un valiente... estuvo en Austerlitz... como que quiso contarme la batalla... y le tuve que escuchar...

A empujones les envían hácia las portezuelas abiertas. Los que han entrado en un compartimiento persisten en querer salir.

— ¡Eh! sargento, se ahoga uno aquí... ¿Se puede salir á beber un jarro?

Los que están ya á punto de entrar, tratan de resistir si no por la fuerza, al menos por la persuasión.

— Vuelvo pronto... No puedo marcharme así... No me he despedido de mi nodriza y ese olvido me traería desgracia... Pronto vuelvo...

Aquí es uno que quiere introducirse á toda costa en el furgón de los perros.

Allí es otro que se enreda en las paletas de los estribos.

Por fin se oye el tambor; la máquina silba... No se espera mas, en marcha.

Con efecto, el tren se pone en movimiento.

Un espantoso aullido corre del tendor hasta el último wagon. Por las portezuelas asoman aglomeraciones de cabezas, de kapis, de brazos y de pañuelos de bolsillo...

Se han andado cien metros. Primera parada.

Todo el mundo quiere bajar alegando mil pretextos; la oleada va á vencerlo todo; pero la máquina silba otra vez, y ahora sí que andamos de veras.

En la primera clase se hacen presentaciones con la dignidad propia de los personajes que llevan galones, y se ven por la primera vez; y entre tanto en los demás coches reina el bullicio mas extraordinario que imaginarse puede.

Tambores y trompetas resuenan que es un portento. Los hay verdaderamente rabiosos. En el humo de las pipas que se encienden asoman y se chocan las botellas. Las voces para hacerse oír adoptan tonos infernales.

Primeramente se oyen nombres que se llaman unos á otros. Desde la vivandera hasta el coronel, á nadie se olvida en la lista. A veces el acaso de las pronunciaciones produce sonidos que toman significaciones grotescas, y entonces se oyen carcajadas que no se acaban nunca.

Concluida esta distracción, se busca otra.

— ¿Vamos á cantar?

Hé aquí los coros, y luego los solos. Se agotan todos los repertorios. Los de París abren la marcha.

Himnos bélicos, cantares á la moda, bromas tradicionales puestas en música desfilan sucesivamente.

En una palabra, se concluye el concierto cuando todos los cantantes están roncos.

A todo esto, con tanto gritar y tanto beber, el estómago se queja.

— ¡Comamos algo!

Y salen las provisiones caseras, las que no se reemplazarán nunca: ¡famoso primer rancho!

El ruido de la masticación se generaliza, y absorbe á todos los otros.

En cuanto á beber, no se diga.

Enjambres de botellas vacías, arrojadas por las portezuelas de los wagones, van á diseminarse por los campos.

¿Quién ha dicho pues, que el oficio de soldado es un mal oficio?

Entre tanto el ayudante roncaba.

Los entretenimientos se acabaron y llega el fastidio. El tren continúa su marcha monótona.

Por las ventanillas se distinguen algunos puntos luminosos que aparecen en lontananza, en la noche que cierra, como cigarros fumados en una cueva.

— ¡Si durmiéramos un poco!

Se arregla la gente como puede. Los colchones no son blandos y menos lo son las almohadas. Pero estamos en guerra; seguramente nos esperan peores cosas.

Se exhala un suspiro y se cierran los párpados.

Los que no tienen el sueño fácil se entregan á una declamación mental de Corneille ó de Racine. Remedio heroico, pero infalible. Puedo asegurar que lo que es á mí siempre me ha producido buen resultado.

Poco á poco se oscurecen las ideas, se pierde la noción de las cosas exteriores, un sueño alarga la punta de su ala y...

— ¿Qué demonios es eso?

Es el clarín que se ha encaramado en un travesero de los wagones y toca como un furioso para celebrar su triunfante audacia.

Sobresalto general.

Chaparmens, Tristapin y Grandgousier, que no quieren ser menos en punto á armonía, se precipitan sobre sus cajas y responden con atroces redobles.

Algunas voces protestan contra aquella intempestiva cencerrada; pero no callan por eso, al contrario. Muchos entonces toman el partido de hacer coro.

¡Imposible dormir!

Sin embargo, ¡cosa extraordinaria! nuestro ayudante seguía roncando.

De repente se para el tren.

— ¿Qué sucede?

— ¿Descarrilamiento tenemos?

— ¿Viene un tren á estrellarse con nosotros?

— Nada de eso.

Un paisano, que no se sabe cómo se había deslizado entre nosotros, acaba de caerse del tren, y se ha roto una pierna.

— ¡Un médico!

Cien voces responden á la vez:

— Aquí está.

No olvidemos que era el batallón del barrio de los estudiantes.

Inmediatamente se hace la cura y dos hombres se quedan guardando al herido.

Vuelta á los wagones.

Otra vez el silbido y se continúa la marcha *piano... pianissimo...*

Parece que estamos todos menos alegres, no sé si por la emoción del accidente ó por la frescura de la noche.

No se oye ya cantar. Gracias á Dios. El sueño reclama energicamente sus derechos. Algunos, sin embargo conversan, lo cual marca un progreso muy notable.

Por primera vez examino detenidamente á mis compañeros de viaje.

Enfrente un cabo, con los galones cosidos al revés por algún gracioso. Su vecino de la derecha no parece saber exactamente en dónde se halla. Por lo demás aun no ha abierto la boca; circunstancia agravante, es un abogado.

Los demás no ofrecen nada digno de señalarse. Solo una cosa: la mayor parte de ellos quieren darse el aire de veteranos. A poco que les excitaran nos contarían la historia de sus campañas.

Ahora á cada diez minutos se para el tren; y sucede que á cada parada la mayor parte del batallón se dispersa por la vía y no vuelve á los vehículos hasta que oye el silbido.

Así el maquinista jura y perjura que preferiría conducir diez trenes de bueyes normandos, antes que un batallón de la guardia móvil del Sena.

¡Famoso maquinista!

Sin embargo, nuestro ayudante roncaba portentosamente.

J. D.

RECUERDOS DE UN GUARDIA MOVIL.



El jefe de tren.
Mas le gustaria con
ducir un convoy de
animales feroces.

Aspecto interior de un wagon de 3ª clase.
De Paris á Chalons : trayecto en 18 horas y pico. Tren
expreso que solo se para entre las estaciones.

Primer rancho.

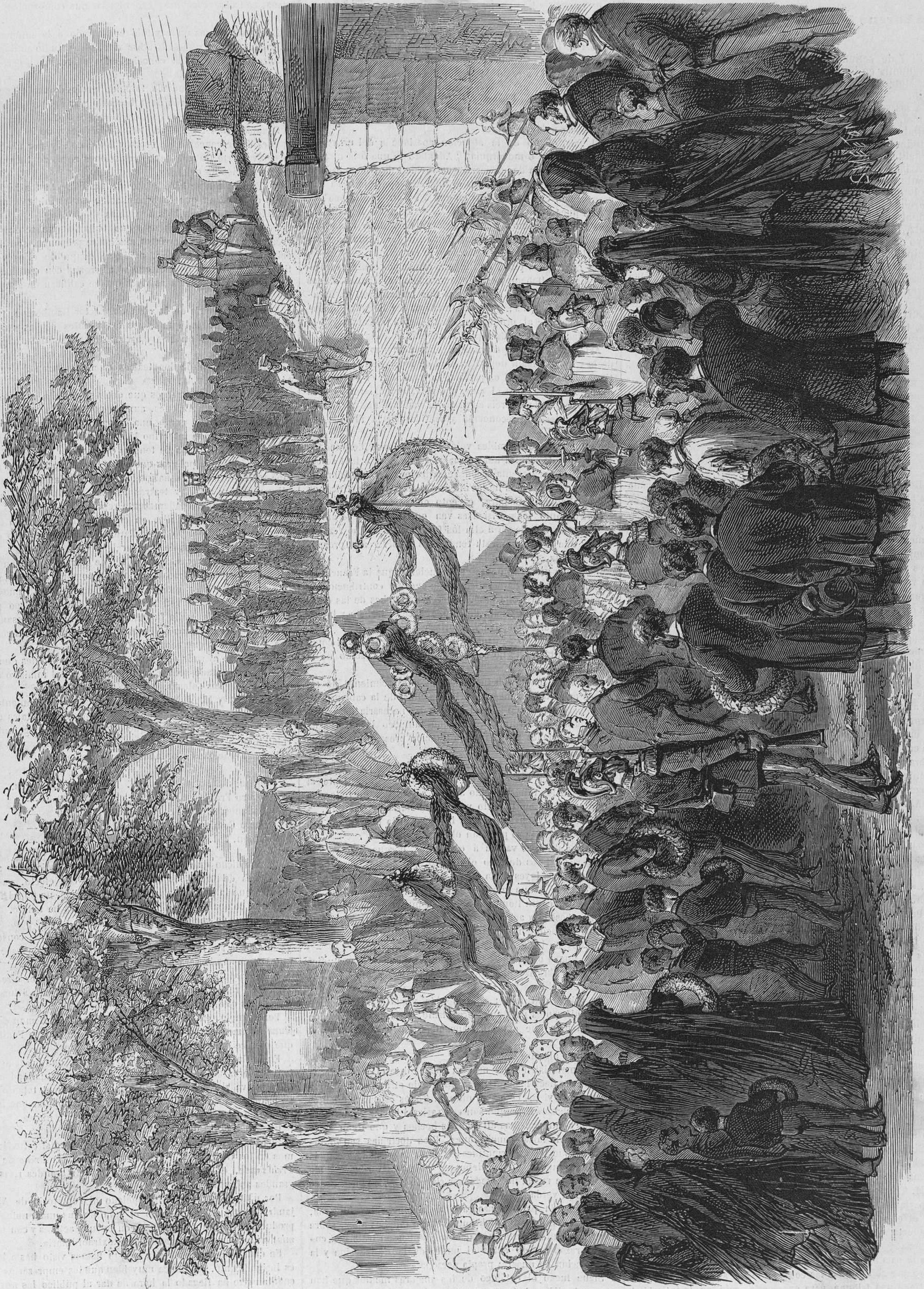
Aves, carnes flambres, jamon, dulces, etc. Vinos de primera y pan
de municion. Como este habra pocos ranchos.

Los rezagados

Buenas para el servicio.

Primera página de album. — Primer apunte.

Un furioso.



La Lorena bajo la dominación prusiana. — Ceremonia fúnebre en Metz en honor de los franceses que murieron en la guerra.

La Lorena bajo la dominacion prusiana.

El 7 de setiembre ha tenido efecto una importante ceremonia en honor de los soldados franceses muertos en Metz y en las salidas que se hicieron durante el sitio.

A las seis de la mañana las campanas de la catedral comenzaron á tocar á muerto, y á las ocho la iglesia se hallaba atestada de fieles. Al mismo tiempo un servicio religioso reunia á los protestantes en el templo y á los israelitas en la sinagoga.

A las diez la poblacion toda iba en procesion al cementerio de la Chambiere, situado á un cuarto de hora de la ciudad. La música de los *Enfants de Metz* tocaba marchas fúnebres y los bomberos, único recuerdo nacional que la administracion prusiana ha tolerado en Metz, formaban en cierto modo la guardia del clero, en cuyo centro se veía al señor arzobispo, siguiendo la municipalidad francesa y los guardabosques.

Las calles estaban desiertas y todas las tiendas cerradas. Únicamente algunos tenderos alemanes tenían las suyas abiertas.

Por órden de la plaza estaban consignados en sus respectivos cuarteles los prusianos, los sajones y los bávaros, temiendo un conflicto que la naturaleza de la solemnidad hacia de todo punto inverosímil. A. D.

Revista de Paris.

Hoy miércoles 20 de setiembre á las nueve de la mañana los alemanes que ocupaban los fuertes de la orilla derecha del Sena, los han entregado á la autoridad militar francesa, y dentro de cinco dias la evacuacion de estos cuatro departamentos Sena, Sena y Oise, Sena y Marne y Oise, estará completamente terminada. ¡Qué dias de júbilo para los pobres pueblos ocupados desde hace un año! Así hemos podido ver esta mañana viajando por la línea del Norte, la antigua poblacion de Saint-Denis engalanada con banderas en las casas, por hallarse limpia de los cascos prusianos y de los uniformes azules de los bávaros. El fuerte, ayer todavía en poder de los alemanes, está guarnecido hoy con soldados franceses. Hé aquí á Paris libre ya por fin de la horrible pesadilla que ha añadido á su historia tan lúgubres páginas.

Y sin embargo, ni Paris ni los departamentos limitrofes pueden entregarse como quisieran á las manifestaciones de su alegría. Aun quedan bajo el peso terrible de la ocupacion otros departamentos, y en tanto que un solo alemán armado se encuentre en el territorio francés, el gobierno recomienda con sobrada razon que no se celebren como deberían celebrarse esas evacuaciones parciales. Falta tiempo todavía para que la Francia se vea completamente libre de sus enemigos.

Ahora se negocia la evacuacion de otros seis departamentos, mediante un tratado sobre la entrada sin derechos durante cierto tiempo y despues con tarifas reducidas, de los productos alsacianos, tratado cuyas bases aprobó la Asamblea en su última sesion, y que segun parece encuentra dificultades. « No es fácil tratar con nuestro enemigo victorioso, » ha dicho M. Thiers, y los hechos confirman sus palabras.

Pero de todos modos, el gobierno no se duerme y si ha pedido á la Asamblea que se separe hasta el 4 de diciembre, no ha sido para descansar, muy al contrario.

« No buscamos reposo; dice M. Thiers en su mensaje, sino tiempo para trabajar y preparar los asuntos de nuestras deliberaciones en el año próximo; para componer un presupuesto normal si es posible; para acabar la reorganizacion práctica del ejército, la que consiste en reconstituir nuestros regimientos, en devolverles la unidad que han perdido, equiparlos y armarlos; para cuidar de la marcha de la administracion; para arreglarla segun nuestras miras y las vuestras; para terminar las negociaciones que deben sentar nuestro sistema comercial en bases fijas; para continuar, en fin, ese trabajo infinito é interesante de la reorganizacion de un pais trastornado por dos guerras horribles, exterior é interior, guerras sin ejemplo y cuyos terribles efectos pueden sin embargo, atenuarse con nuestra comun cordura. »

Si, hay tarea en Francia.

El mensaje no olvida un punto principal, cual es el de la forma definitiva del gobierno.

M. Thiers juzga que los diputados deben trasladarse á sus departamentos respectivos para estudiar el pais, para explorar el estado de la opinion y arreglar su pensamiento, su conducta y sus votos á las aspiraciones generales de la Francia.

« El pais nos ve obrar, nos oye hablar y nos juzga, dice el mensaje; sobre todas las cosas se forma su opinion, y como no tiene una tribuna para expresarla, solo en la intimidad del hogar puede decirnos lo que piensa y lo que quiere.

Y luego, señores, hablemos con franqueza, y confesemos, lo que es permitido confesar, que estamos conmovidos profundamente.

¿Cómo no lo estariamos? Se trata en este momento para el pais de los mas grandes intereses imaginables. Se trata de fijar su suerte presente y futura. Se trata de saber si debe constituirse con arreglo á la tradicion del pasado, tradicion gloriosa de mil años, ó si abandonándose al torrente que precipita hoy á las naciones hácia un porvenir desconocido, debe revestir una forma nueva, á fin de proseguir apaciblemente sus nobles destinos.

El pais, objeto de la atencion apasionada del universo, ¿será república ó monarquía? ¿Adoptará la una ó la otra de esas dos formas de gobierno que dividen hoy á todos los pueblos? ¿Qué problema mas grande se propuso jamás á una gran nacion en los términos en que á nosotros se ofrece?

¿Es pues de extrañar que ese problema nos agite? Cuanto mas sinceros seamos y mas patriotas, mas debe agitarnos. Mirad las naciones: casi están tan turbadas como nosotros con el extraordinario espectáculo que las damos.

No incurrimos pues, en ninguna crítica por causa de nuestra emocion. Debemos estar conmovidos. Valdriamos menos si no lo estuviéramos tanto. Pero nuestra emocion es naturalmente la del pais; y por legítima que sea la causa, debemos temer que al prolongarse quite algo á la calma y á la serenidad que nuestros espíritus necesitan.

Así, señores, el separarnos algunas semanas para cuidar de la reorganizacion departamental de la Francia, para continuar á modificar, si es posible, la tradicion, el poner en acuerdo de ideas con el pais, mientras el gobierno emplea el tiempo que le dejareis en preparar vuestras nuevas tareas, es una necesidad reconocida y sentida por la Francia entera. »

Con efecto, la Asamblea votó sus vacaciones despues de haber oido la lectura del mensaje, y á la hora actual se encuentra solo representada en Versalles por su comision de 25 miembros sacados de las diferentes fracciones políticas en que se divide la Cámara, excepto el extremo izquierdo.

Entre tanto los parisienses ven que la ciudad se anima mas y mas; que llegan á ella los forasteros este año rezagados, y que todo manifiesta tendencias á volver á la prosperidad pasada.

Es cierto que las nuevas contribuciones que la Francia ha debido imponerse para satisfacer la enorme contribucion de guerra que sobre ella pesa, encarecen muchas de las cosas de la vida; pero á vuelta de esto, renace el trabajo y la poblacion de Paris es activa y laboriosa.

En el extranjero se exagera mucho esta carestía, así como se dice tambien que no es el mas lisonjero el estado de la salud pública.

Ambos extremos son inexactos. El encarecimiento de algunos artículos, la mayor parte de ellos de la categoria de las superfluidades de la vida, no de las necesarias, no ofrece nada de extraordinario, así como tampoco la marcha de las enfermedades propias de la estacion presenta un cuadro alarmante.

Decimos que Paris recobra su animacion de costumbre, y que renace el trabajo, y no nos referimos únicamente al trabajo de los talleres, sino al que se efectúa en todos los círculos del entendimiento y de la industria del hombre.

Por ejemplo, en las letras y las ciencias la bibliografía nos da á conocer que se publican obras importantes.

De una de ellas vamos á ocuparnos, porque á la verdad merece el interés de todo el mundo, puesto que en ella se trata de « Las leyes de la vida » ó sea el « Arte de prolongar la existencia, » que tales son sus títulos.

Su autor es un hombre de ciencia muy conocido, el doctor Rambosson y apreciado como uno de esos vulgarizadores de los conocimientos científicos, patrimonio casi exclusivo hasta hoy de los hombres especiales.

Esta nueva obra, que es una condensacion de los estudios del autor sobre las diferentes materias que en ella trata, se divide en ocho partes.

La primera titulada: « De la vida y sus manifestaciones de las diferentes partes del organismo, » es una declaracion espiritualista que expresa francamente las convicciones del autor.

Citemos algunas líneas:

« El materialismo de nuestra época, dice el doctor Rambosson, no hace mas que reproducir bajo otras formas, argumentos tan viejos como el mundo. Todos esos argumentos deben rechazarse, porque son contrarios á la ciencia con afirmaciones que van mas allá de sus hechos y que traen como consecuencia falsas conclusiones. Esas doctrinas son inmorales porque no son científicas. Jamás la verdadera ciencia puede ser inmoral; pues tiene por objeto la verdad, y todo principio de moral no puede ser sino la consecuencia necesaria de la verdad. »

La segunda parte consagrada á la longevidad humana, contiene cuanto se ha dicho desde hace muchos años, sobre tan importante asunto, y el doctor Rambosson trata con copia de razones y de datos el punto de la destruccion y la restauracion de nuestra propia persona.

Sigue luego el catálogo de los mejores medios que han propuesto diferentes autores para prolongar nuestra existencia, con un epilogo original del autor en que se explica de-

tenidamente la influencia de los alimentos sobre la vida humana, con observaciones y experiencias que comprueban las teorías.

Despues tenemos un capítulo consagrado á la influencia de los lugares en que el hombre vive, otro estudio en donde el autor demuestra sus conocimientos sobre los progresos incesantes de la ciencia.

Otra influencia estudiada tambien profundamente por el doctor Rambosson, es la de la herencia y la del principio de la vida.

Seguidamente llega el capítulo de la vejez y de la muerte bajo el doble concepto higiénico y filosófico; y por último, la octava parte trata de las inhumaciones antes de tiempo y de los medios de evitarlas.

M. Rambosson se hace cargo de tantos y tantos hechos como demuestran que la precipitacion de las inhumaciones ha sido causa de horribles desgracias.

Pero en este punto diremos que todo lo que se diga es predicar en desierto: cuantos medios se proponen, son desechados, ó por mejor decir, nadie se ocupa de ellos y se tiene por espíritu vulgar al que se aterroriza con esas historias de personas enterradas vivas que se califican de simples novelas.

Tal es el sumario de la obra del doctor Rambosson, trazada con la brevedad que exigen los apuntes de las crónicas: es obra cuyo análisis y apreciacion daría materia para escribir mucho.

Hablemos ahora de los teatros que comienzan á dar y serias señales de vida.

En primer lugar tenemos que decir que se ha zanjado el asunto de las subvenciones, aunque no á gusto de todos.

Hubo sobre este punto una interesante discusion en la Asamblea en la que intervino M. de Kerdrel, para hacer una observacion muy digna de tenerse en cuenta.

Tratando de los peligros que corre la sociedad cuando recibe malas lecciones, señaló al ministro de Instruccion pública y cultos, algunos teatros líricos de Francia donde se cometen excesos verdaderamente reprensibles.

Y citó el teatro de Lille, en cuyo escenario aparecía noches pasadas un obispo incendiario, que por fanatismo pegaba fuego á las casas de los liberales.

« Las clases obreras, añadió M. de Kerdrel, que en su sencillez se acostumbran fácilmente á tomar por historia lo que no es otra cosa que una simple ficcion teatral, pueden hacerse la siguiente reflexion: Puesto que un obispo por puro fanatismo incendia la casa de uno de sus diocesanos, los crímenes cometidos en Paris en las personas de los rehenes, no son mas que represalias. »

Eso se dice al salir de esas monstruosas funciones que el honorable diputado señala á la indignacion del ministro del Interior y de sus colegas.

El ministro M. Jules Simon se asoció completamente á este sentimiento, y afirmó que no se reproducirán tales excesos sin ser castigados, aunque el gobierno no tenga autoridad alguna sobre los teatros no subvencionados.

Las subvenciones acordadas son las siguientes:

Opera.	600,000 francos.
Teatro Francés.	240,000 —
Italianos.	100,000 —
Opera Cómica.	100,000 —
Odeon.	60,000 —

Hemos dicho que esta decision no correspondía á las aspiraciones de todos los empresarios; y con efecto, ya se susurra que la Opera con la cantidad asignada, no podrá formar una compañía como las que hasta ahora ha tenido.

Lo mismo le sucederá á la Opera Cómica.

El teatro Italiano ha sido de los mas favorecidos; conserva intacta la subvencion, y por consiguiente, es de esperar que la temporada será brillante.

Entre tanto, todos los teatros se esfuerzan ya por ofrecer al público representaciones escogidas, mientras dan á luz las novedades que preparan.

Por ejemplo, en el Vaudeville se ejecuta le *Roman d'un jeune homme pauvre*, drama conmovedor de Octavo Feuillet que merece quedar en el repertorio corriente.

En la Gaité aparece nuevamente el *Bossu*, que ha dado ya tantas representaciones y que parece en la actualidad una obra nueva por el interés de la accion y por el talento de su principal intérprete, Melingue, el actor popular que hemos vuelto á ver mas original, mas jóven que nunca.

Offenbach entra otra vez en juego.

Sus *Brigands* llaman gente á Varietés, como si estuviéramos en los tiempos en que se estrenaron; y la *Princesse de Trebizonde*, es acogida en los Bufos con grandes risas y grandes aplausos.

Por último, el Chatelet ha apelado al repertorio de Alejandro Dumas exhumando de él una de sus mas notables producciones, *Vingt ans après*, con buenos actores y con una *mise en scene* de una magnificencia extraordinaria.

En cuanto á piezas nuevas lo que hemos visto hasta hoy es insignificante. Se conoce muy bien que los empresarios no cuentan que ha llegado la hora de dar al público las novedades importantes que preparan.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EL HIJO DE LA MENDIGA.

ROMANCE.

Vestido el cuerpo de harapos,
Y el rostro de palidez,
De puerta en puerta camina,
Una infelice mujer.
Sus ojos que un tiempo hubieron,
Alegria y brillantez,
Por el llanto enrojecidos,
Sin vida y fuego se ven.
Los desengaños hicieron
Su cabello encanecer,
Grabando en su rostro el sello
De prematura vejez.
Y entorpecida y cansada,
Va con vacilantes piés
Por el penoso sendero
De caridad y de fe.
Un débil y flaco niño,
Del hambre trasunto fiel,
Oprime contra su pecho
Con cariñoso interés.
Y el tierno infante llorando,
« Pan, dice, pan, dámele, »
Ó bien repite aterido
En su horrible desnudez,
« Tengo frio, mucho frio,
¡ Ay! madre, abrigueme usted. »
Y la madre, á quien el alma
Destroza el pequeño sér,
Ansiosa el pañuelo quita
Para cubrirlo con él,
Sin meditar que su estado
Requiere abrigo tambien.
¡ Triste niño que el destino
Hizo del crimen nacer;
Ángel para quien la infancia
Un caos de tinieblas es;
Flor que empezara la vida
Comenzando á padecer!
¿ Si solo á sufrir viniste,
Por qué naciste; por qué?
¿ Quieres saber lo que el mundo,
Siempre inhumano y cruel,
Guarda para el que cual tú,
De una mendiga hijo fué?
Soledad, tristeza, horror,
Desamparo y hambre y sed;
Ni un solo instante de dicha,
Ni un minuto de placer.
Amistad, familia, amor.
No se hicieron para él;
Corrupcion, deshonra y pena,
Su patrimonio tal es.
Y aunque bueno y noble, quiera
Ser hombre y honrado ser,
No hallará franca una puerta,
Que el vicio orló su niñez,
Y el hijo de una mendiga
No puede oficio aprender;
No es posible que sea bueno,
No es posible que sea fiel,
Sino holgazán y vicioso,
Mal hombre, indigno y soez.
Y si por el hambre llega
Á robar para comer,
Si de su madre al recuerdo,
Que el mundo le hiciera infiel,
La hora en que nació se atreve
Á execrar y aborrecer,
Entonces el mundo dice:
« ¿ Mi buen sentido ahora veis?
La cabra siempre va al monte,
Quien no mama la honradez,
Nunca en su sangre la tiene,
Y si obra un momento bien,
Solo es por hipocresía,
Que es hombre sin Dios ni ley.
La culpa tienen los pobres,
¿ Quién les manda hijos tener? »

¡ Imbécil! Cual si la pobre
No fuera cual otra es;
Cual si la pobre no hubiera
Corazon para querer;
Cual si el hijo de mendiga
No fuera igual al del rey.
¿ Por qué gloriarse al potente
Y al mendigo escarnecer?
¿ Por qué si al uno lo sacia
Deja al otro perecer?
Pero tal es de tu sino
El patrimonio, tal es;
Corrupcion, deshonra y pena,
Desamparo y hambre y sed.
Y cuando la muerte hiera,
Su triste vida cruel,
Dándole paz que en el mundo,
No pudo nunca obtener,
Nadie irá sobre su tumba,
Preces á elevar por él;
Nadie irá flores hermosas
Sobre la losa á verter;
Nadie pensará en el pobre,
Que hijo de mendiga fué.
¡ Triste niño que el destino,
Hizo del crimen nacer;
Ángel para quien la infancia,
Un caos de tinieblas es;
¡ Flor que empezara la vida
Comenzando á padecer!
¿ Si solo á sufrir viniste,
Por qué naciste, por qué?

LEOPOLDO GARCÍA RAMON.

El tunel del Monte Cenis.

I.

Cuando el lector recorra estas líneas, habrá tenido efecto la inauguración del tunel de los Alpes. Los primeros trenes habrán atravesado la montaña, llevando en los wágones á los representantes de Francia y de Italia, con la comision oficial de recepcion, los ingenieros y los convidados. Se ha llevado á cabo la obra mas grande quizás de los tiempos modernos. Apenas se han empleado tres años en esa obra gigantesca, cuya realizacion se consideró imposible.

Muchas personas han conservado dudas hasta la última hora.

¿ Cómo, en efecto, perforar de parte en parte una montaña de cerca de 3,000 metros de altura con mas de 42,000 metros de grueso?

¿ En dónde encontrar aire para los obreros á 2,000 metros debajo de la tierra? ¿ Por qué medio perforar la roca en una extension tan extraordinaria? No podría hacerse en cincuenta años; y despues, una vez la perforacion en buena via, ¿ cómo encontrarse con certeza? ¿ no se perderian entre aquella inmensidad de calcáreo y de cuarzo?

En suma, no faltaban las objeciones y la imaginacion de los pesimistas se daba rienda suelta. Tropezarian con eridaderos metálicos inaccesibles á la mina; hallarian cavernas, insondables abismos, una temperatura insostenible, depósitos de agua. ¿ No existia, dice la leyenda, encima del Monte Cenis un lago bien conocido, cuyo fondo no se ha tocado nunca? Si se rompía la corteza que contiene esa masa de agua, ¿ qué desastre! Ya veian la galería invadida por el torrente, los obreros ahogados y el valle del Arco amenazado con otro diluvio.

Todos estos temores á cual mas quiméricos, se han desvanecido ante los hechos. La mecánica moderna ha triunfado de los obstáculos y las pocas filtraciones que se han ballado, han sido buenas para los operarios, porque les daban el agua necesaria para las obras.

A mayor abundamiento, el lago del Monte Cenis, que tanto miedo causaba, está á 30 kilómetros mas lejos hacia el Norte que la montaña en donde han abierto la galería. A decir verdad, solo por costumbre y por extension se puede llamar al tal subterráneo *el tunel del Monte Cenis*, pues no atraviesa semejante montaña. Naturalmente los ingenieros buscaron entre la Saboya y el Piamonte el macizo mas delgado, y al cabo de largas exploraciones le encontraron en las gargantas que separan á Modane de Bardonneche, casi al pié del Monte Cenis. El espesor de los Alpes en esa region no pasa de 42,233 metros.

El tunel se abre por la parte de Francia en el flanco del monte á 405 metros de altura sobre la aldea de Fourneaux situada á dos kilómetros y medio de Modane. Por la parte de Italia la entrada de la galería está en el pueblo mismo de Bardonneche. El trazado es rigurosamente derecho y corta el Monte Thabor por la garganta de Frejus á unos 4,800 metros de la cima, penetrando en la roca exactamente del N. 22 O., al S. 22 E.

Por el lado de Modane, el tunel empalma con la antigua línea de Victor Manuel que hoy forma parte de la red Paris-Lyon-Mediterráneo y que prolongan ahora de San Miguel, última estacion de la línea hasta la entrada de la galería.

Este trozo no estará abierto á la circulacion hasta el mes de octubre. Por la parte de Italia, Bardonneche empalma con la antigua línea de Suse á Turin por el trozo completamente terminado que va de la boca del tunel á Bussoleno.

La nueva via de San Miguel al tunel sigue el valle del Arco, como la carretera y el ferro-carril Fell, habiéndose suavizado en lo posible las pendientes y las curvas; pero ha sido preciso prolongar la línea mucho mas allá de Fourneaux á un kilómetro de Modane y hacerla dar una vuelta sobre sí misma para ganar la diferencia de nivel que existe entre el valle y la entrada en la galería. La estacion de Modane se halla al borde del torrente del Arco á 400 metros mas abajo del tunel. Mientras atraviese el tren la rampa curva que resulta de esta diferencia de altura, podrán ver el agujero abierto por donde atravesarán algunos minutos despues las profundidades de la montaña.

Hemos atravesado uno de los primeros el subterráneo en todo su largo; hemos asistido hace pocos dias á la colocacion del último rail y visto la primera locomotora que desaparecia dentro del monte. Antes de describir el aspecto de la galería, quizás no será inoportuno referir brevemente la historia de la obra incomparable, que será sin duda una de las manifestaciones mas brillantes del genio del hombre.

Los orígenes de la empresa se conocen poco, y seria preciso remontar á 1832 para presentar el cuadro exacto de los proyectos y las invenciones á que dió margen la atrevida idea de la perforacion de los Alpes. En aquel año pues, un simple geómetra, José Medail, cuyo nombre rara vez se ha pronunciado, proponia al rey Carlos Alberto el hacer un tunel precisamente en la region adoptada despues por los ingenieros, para empalmarle con una línea férrea de Maurienne á Chambéry.

Pero no bastaba designar el punto conveniente para la travesía de la montaña, sino que era preciso imaginar nuevos procedimientos para perforar la roca, y poderosos medios de ventilacion, pues era imposible pensar en abrir pozos de ventilacion al través de un espesor de 4,800 metros.

No se habria hecho en medio siglo esa risible obra. En 1843, Maus, ingeniero belga que acababa de llamar mucho la atencion de los hombres competentes por la construccion de su bello plano inclinado de Lieja, recibió de Carlos Alberto el encargo de estudiar el problema de la perforacion de los Alpes. Maus imaginó una máquina-taladro que excitó un gran entusiasmo en Saboya en los años 1846 y 1847. La máquina tomaba en los torrentes de la montaña una fuerza inagotable, y con ayuda de correas de trasmision, ponía en movimiento á cierta distancia, poderosos resortes armados con cortantes que atacaban la roca. El frente de ataque estaba recortado por bandas paralelas que despues se echaban abajo con el pico. La ventilacion se producía por el juego de ventiladores arrastrados por el cable motor.

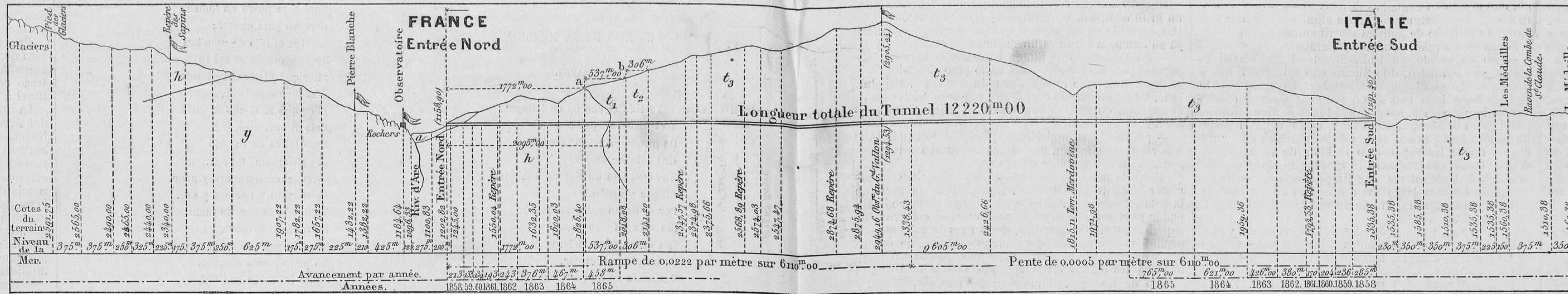
La guerra contra el Austria y los acontecimientos subsiguientes, hicieron olvidar á Maus y á su maquinaria; y cuando la opinion pública volvió á ocuparse del problema, eleváronse serias objeciones contra el sistema del ingeniero belga. La comision de exámen no creyó que el cable pudiese eficazmente trasportar la fuerza motriz hasta 6 kilómetros de distancia, la mitad de la galería, ni que la ventilacion propuesta bastase. Además faltaban recursos y así fué que aplazaron la ejecucion de su proyecto que habria costado cuando menos 40 millones.

Con las reformas económicas del conde de Cavour y el impulso dado á las ferro-carriles, renace con mas energía la idea de la perforacion de los Alpes. A fin de preparar su realizacion el ministro piamontés principió por iniciar la construccion, de dos vias férreas que conducen á cada vertiente de los Alpes. El gobierno piamontés se encarga de construir un ferro-carril de Suse á Turin y se da una concesion á una compañía francesa para poner en comunicacion la vertiente opuesta, Modane y la Saboya, con la línea de Lyon. Todo esto preparaba el asalto de los Alpes.

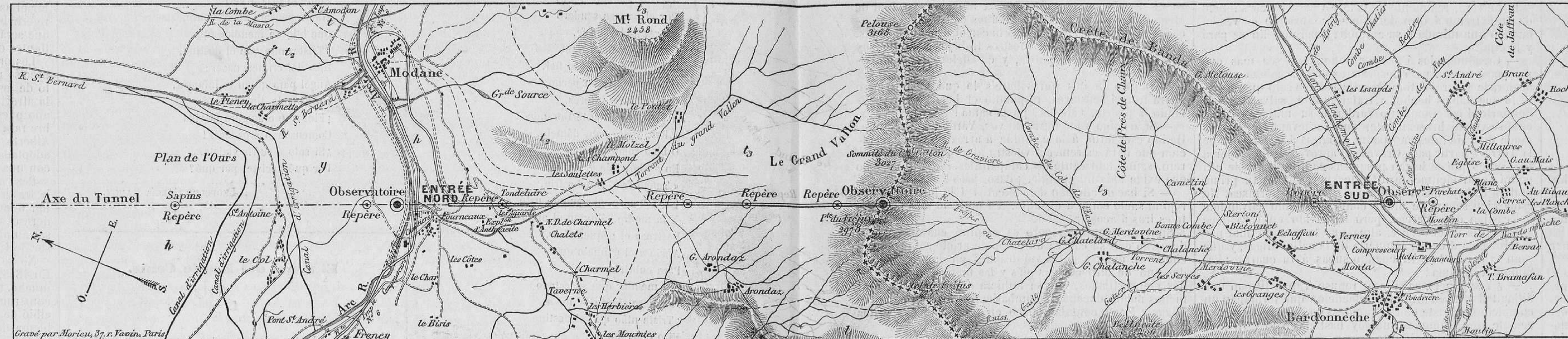
En 1855, un ingeniero inglés, M. Bartlett, propuso para la perforacion una maquinaria muy ingeniosa. Al primer aspecto parecia una simple locomovible, pero al émbolo de la máquina de vapor ordinaria se añadia otro émbolo lleno de aire, cuyo tronco estaba armado con una barra de mina. Fácil es concebir la utilidad del émbolo neumático. El aire hacia oficio de colchon durante la marcha del instrumento, é impedía que los choques bruscos se transmitieran al émbolo motor. La barra de mina pegaba hasta 300 golpes por minuto y perforaba las rocas veinte veces mas de prisa que con el trabajo del brazo.

Esta maquinaria triunfó en las experiencias de Chambéry y de Génova: perforaba como por encanto las rocas mas duras de los Alpes. Evidentemente se habia resuelto el problema de la perforacion mecánica. ¿ Pero cómo utilizar bajo un monte, en un agujero de una profundidad de muchos kilómetros una máquina de vapor que viciaria rápidamente el poco aire respirable que se podría enviar á los obreros? Aquí interviene la fecunda idea del empleo del aire comprimido como fuerza motriz, en reemplazo del vapor. Naturalmente, puesto que habia que rechazar aire al subterráneo, en vez de gases irrespirables, se debía emplear como fuerza motriz un

LA PERFORACION DE LOS ALPES.



El tunel y la montaña que atraviesa.

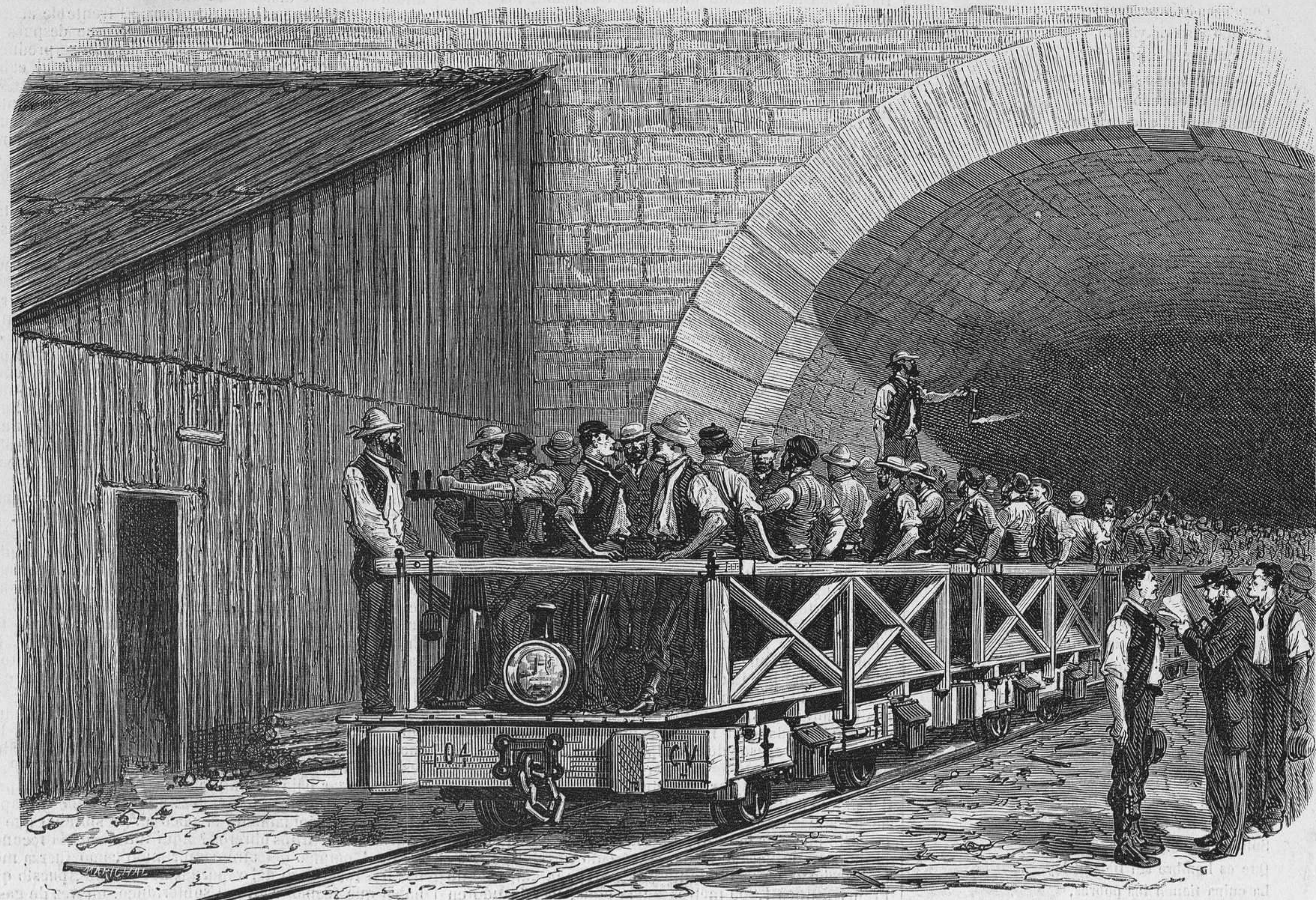


Plano del tunel y de sus inmediaciones.

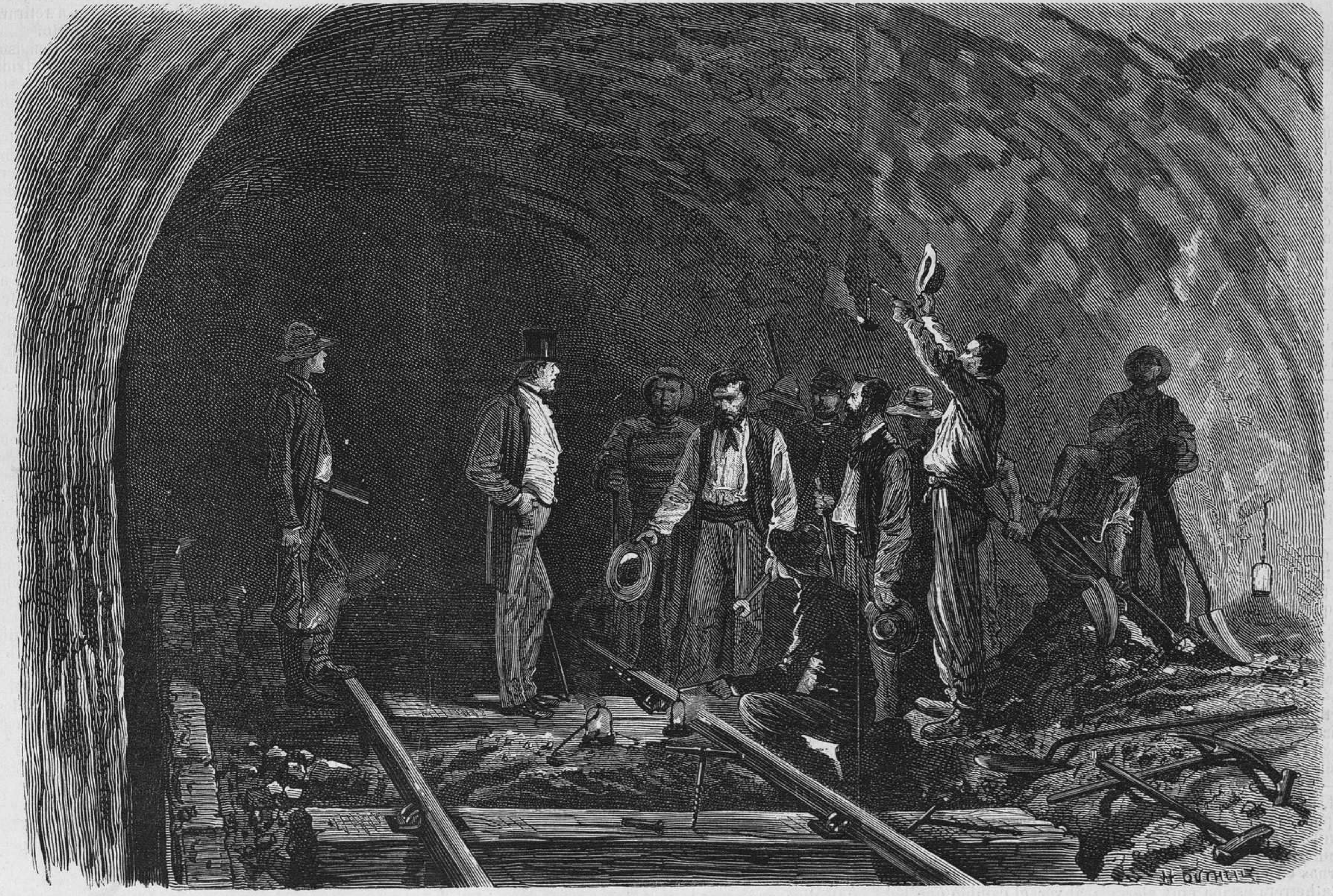
Sommeiller, Grandis y Grattoni, de ponerse sin condiciones a la disposición del gobierno sardo, para aplicar sus máquinas a la perforación de la montaña. Paleocapa, y sobre todo Menabrea, coronel de ingenieros y profesor de mecánica en la escuela militar de Turin, defendieron con ardor el nuevo sistema, y Sommeiller, que era diputado, decidió a la Cámara. Se emprendieron pruebas con máquinas traídas de Bélgica, y el triunfo fué completo. El año siguiente, no obstante la oposición de algunos pesimistas, los deseos del conde de Cavour quedaron satisfechos. La Cámara votó la ley que autorizaba a los ingenieros a principiar la perforación de los Alpes, y al fin de 1857 se abrió la galería sobre la vertiente sarda, 1857-1870, tales son los términos extremos de esta obra memorable.

Cuando se hizo la cesion a la Francia, el conde de Cavour para poner la obra al abrigo de influencias rivales, estipuló en el art. IV del tratado, que la Italia terminaría el trabajo que habia comenzado con sus capitales; y bajo la dirección de sus ingenieros; y la Francia aceptó esta cláusula por la convencion internacional del 7 de mayo de 1862.

La Francia tomaba a su cargo 49.000.000, pero pagaderos solo en el caso en que las obras se terminarian el 1º de enero de 1882, prometiendole una prima de 500.000 francos por cada año ganado sobre los veinte y cinco del término, aumentándose esta suma con 100.000 francos por cada año ganado sobre quince años. En estas singulares cláusulas se reflejan las dudas del gobierno francés sobre el éxito de la empresa. Bien escéptico fué, pues en 1862, todo ingeniero un tanto sagaz no podia conservar ninguna incertidumbre sobre la feliz conclusion de las obras. Nosotros mismos en 1863 fijáramos el fin de ellas en 1870; y en efecto, en los últimos dias de 1870 los dos trozos de la galería se encontraron y se cargó la última mina. Con menos preocupaciones y un examen mas profundo de los procedimientos experimentados hacia ya cinco años, parecemos que se habria podido evitar la Francia ese suplemento de gastos tan gratuito.



Salida de los obreros despues del trabajo.



Colocacion del último rail.

En 1862 se había perforado ya con obreros apenas acostumbrados al nuevo método y con instalaciones mecánicas viciosas, limitadas á la vertiente italiana, una longitud de mas de 2 kilómetros, y todavía se dudaba, todavía se concedían veinte y cinco años para terminar la empresa.

La ceguedad era completa. A los 49.000.000 presupuestados habrá que añadir mas de 8.000.000. La parte de la Francia en la obra, ascenderá á cerca de 28.000.000 de francos.

Pero basta de recriminaciones: el triunfo ha sido absoluto, y si se sabe aprovechar, es claro que por esa gigantesca galería podrán pasar en abundancia los productos y artículos franceses. Los Alpes abiertos ofrecen una salida fecunda al comercio francés y ponen en comunicación directa al Mediodía con el Norte de Europa, al Occidente con el Oriente: eso vale por cierto algunos millones.

Antes de penetrar en el tunel, convenia quizás recordar ese primer período de su historia, hoy casi olvidado.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación — Véase el número 974.)

Por último, cuando el reló dió las dos se oyó ruido en la puerta de la calle como si alguien hubiese tropezado por casualidad con el aldabon, y en seguida Miggs, saltando y dando palmadas, exclamó con una extraña mezcla de sagrado y profano:

— ¡Dios todopoderoso, señora! Es el modo de llamar de Simon.

— ¿Quién vá? gritó Gabriel.

— Yo, respondió la conocida voz de Tappertit.

Gabriel abrió la puerta y le dejó entrar.

El pobre Simon se presentó en un estado deplorable. Un hombre de su estatura no debió hallarse muy cómodamente en medio de la multitud, y como había hecho un papel activo en las paradas y en los empujones del día anterior, todo su traje estaba literalmente estrujado de piés á cabeza. Su sombrero especialmente había sufrido tantos frotos y magulladuras que no tenía ya forma alguna, y sus zapatos destalonados hubieran servido apenas para zapatillas. Su casaca ondeaba como una bandera rota en torno suyo, había perdido en la batalla las hebillas de los calzones y de los zapatos, no le quedaba mas que medio corbatín y el pecho de la camisa estaba hecho girones.

Sin embargo, á pesar de todas estas desventajas personales, á pesar de su cansancio, y á pesar del polvo, de la cal y del yeso con que estaba embadurnado como si le hubiesen encerrado en una caja de polvos, hasta el punto de no poder distinguirse el color de su cara; á pesar de todo esto, entró con majestuoso talante en el comedor, se sentó en una silla, y haciendo vanos esfuerzos para meterse las manos en los bolsillos que estaban fuera de los calzones y le colgaban á lo largo de las piernas como dos gorros de algodón, contempló á la familia con sombría dignidad.

— Simon, le dijo el herrero, ¿cómo es que os retirais á casa á tales horas y en semejante estado? Juradme que no habeis tomado parte en el motin y no os haré mas preguntas.

— Caballero, respondió Tappertit con ademan de desprecio, me pareceis muy atrevido al dirigirme tal pregunta.

— Conozco que habeis bebido, dijo el herrero.

— En principio general y en el sentido mas injurioso de la palabra, caballero, dijo Simon con gran calma, os considero como un mentiroso; pero bajo esta última suposición, debo deciros que sin quererlo... sin quererlo, caballero, habeis dado en el blanco.

— Marta, dijo el herrero volviéndose hácia su mujer y moviendo la cabeza tristemente mientras su franco rostro disimulaba mal una sonrisa al contemplar á su absurdo dependiente arrellanado en la silla, estoy seguro que se acabará por reconocer que este pobre muchacho no se ha comprometido con los locos y malvados de quienes tanto hemos hablado y que tanto mal han hecho esta noche. Si acaso ha estado en Warwick-Street ó en Duke-Street esta noche...

— No ha estado en un punto ni en otro, repuso Tappertit con una voz elevada que acabó de pronto en una especie de gruñido sordo, y repitiendo al herrero en quien tenía clavados los ojos. No ha estado en un punto ni en otro.

— Me alegro en el alma, dijo el herrero con gravedad, porque si hubiera estado y se le hubiera probado, ya puedes figurarte, Marta, que vuestra grande Asociación se hubiese convertido en la carreta del verdugo que lleva las gentes al patíbulo y las deja allí con las piernas en el aire.

La herrera estaba muy aterrada al ver el cambio que

se había verificado en las maneras y en el exterior de Simon, y la habían aterrado muy especialmente las cosas que le habían contado sobre los excesos de los amotinados para aventurar respuesta alguna ni recurrir á su sistema ordinario de política matrimonial.

Miggs se retorcia las manos y lloraba.

— No ha estado en Duke-Street ni en Warwick-Street, señor Varden, dijo Simon con ademan hosco y fiero, pero ha estado en Westminster. Es muy posible que allí haya dado mas de un puntapié á algun individuo de la Cámara y sendos bofetones á algun lord... ¡Ah! ¿esto os admira? Pues bien, os lo voy á repetir. Ha podido hacer brotar sangre de las narices de algunos lores y medir los zapatos en la falda de la casaca de otros. ¿Quién sabe? añadió llevándose la mano al bolsillo del chaleco, tal vez este limpiadientes, y sacó un limpiadientes muy largo que arrancó un grito de horror á Miggs y á la herrera, era de un duque ó de un obispo. ¿Lo veis, señor Varden?

— Sí, lo veo, respondió el herrero al momento, y preferiria haber perdido quinientas guineas á veros metido en tal fregado. ¿Sabes, bendito de Dios, el peligro á que te expones?

— Sí, señor, lo sé, y me vanaglorio de ello. Estaba allí y todo el mundo ha podido verme, porque era uno de los primeros, uno de los jefes. Por lo tanto espero las consecuencias.

El herrero, realmente agitado, se paseaba en silencio de un extremo á otro del comedor lanzando de vez en cuando una mirada á su aprendiz; pero al fin se paró y le dijo:

— Creedme, idos á acostar aunque no sea mas que por pocas horas, para despertaros con la cabeza menos acalorada y arrepentido. Manifestad tan solo que os pesa lo que habeis hecho, y trataremos de salvaros. Si le despierto á las cinco, dijo Varden á su mujer hácia la cual se volvió bruscamente, que se levante y que se mude de traje; despues podrá dirigirse á la escalera de la Torre y partir para Gravesend aprovechando la marea baja antes que se hagan pesquisas contra él. Desde allí podrá llegar fácilmente á Canterbury, donde tu primo le dará trabajo hasta que haya pasado la borrasca. No estoy bien seguro de obrar como es debido salvándole del castigo que merece, pero ha vivido en casa doce años, y me doleria en el alma que tuviese un mal paradero. Baja á cerrar la puerta de la calle, Miggs, y que vean tu luz en la calle cuando subas á tu cuarto. ¡Ea, Simon, á la cama!

— ¿Y suponeis, caballero, repuso Tappertit con una dificultad y una lentitud de elocucion que formaban un completo contraste con la rapidez y el ardor de su excelente amo, suponeis que soy bastante bajo y vil para aceptar vuestra humillante proposición?... ¡Mal protestante!

— Seré lo que gustéis, pero vais á acostaros sin perder un minuto. Miggs, alumbra.

— Sí, sí; idos á la cama luego, dijeron las dos mujeres á un tiempo.

Tappertit se levantó, y rechazando la silla para probar que sus piernas no necesitaban su auxilio, contestó paseándose de un extremo á otro del corredor, pero sin poder decidir á su cabeza á ponerse de acuerdo en sus movimientos con su cuerpo.

— ¿Qué deciais á Miggs? preguntó de pronto. La tal Miggs mereceria ser quemada viva.

— ¡Simon! exclamó Miggs con voz desfallecida. ¡Dios misericordioso! ¿Qué golpe acaba de darme!

— Toda la familia mereceria ser quemada viva, repuso Tappertit mirándola con una sonrisa de soberano desprecio, á excepcion de la señora por quien he venido esta noche. Señora, tomad este papel; es una salvaguardia de la cual necesitareis muy pronto.

Y sacó un pedazo de papel sucio y arrugado.

El herrero lo tomó y leyó lo siguiente:

« Espero que todos los buenos amigos de nuestra » causa tendrán cuidado de respetar la propiedad de » todo buen protestante. Me consta que el propietario » de esta casa es un seguro y respetable partidario de la » Causa.

» JORGE GORDON »

— ¿Qué es esto? dijo el herrero.

— Es alguna cosa que puede prestaros un buen servicio, amigo mio, respondió Simon, y creo que no os pesará poseerla cuando llegue el caso. Escondedlo en un sitio seguro y donde podais tenerlo á mano para cuando sea necesario. Y no olvidéis el escribir mañana en la puerta de la calle con yeso, al menos durante ocho días, estas palabras: ¡No mas papismo!

— Por vida mia que es un documento auténtico, dijo el herrero despues de examinarlo, conozco la letra. ¿Luego hay peligros? ¿Qué diablo anda en el juego?

— Un diablo de fuego, contestó Simon, un diablo de llama y cólera. Haced de modo que no lo encontréis en vuestro camino, porque os devoraria. No me direis que no os he avisado con tiempo; ahora haced de vuestra capa un sayo. ¡Buenas noches!

Las dos mujeres se pusieron delante de Simon, especialmente Miggs que le cayó sobre el cuerpo con tanto fervor que le estrechó contra la pared, suplicándole una y otra con las expresiones mas patéticas que no saliese antes de recobrar el juicio, de oír los consejos de la razon, de reflexionar lo que iba á hacer y de descansar algunas horas, despues de lo cual podria hacer lo que quisiera.

— ¡Os digo que estoy resuelto! La patria sangrienta

me llama, y corro en su auxilio. Miggs, si no os apartais voy á estrangularos.

Miggs, abrazada con toda su fuerza al rebelde, lanzó un grito doloroso, un grito solo; pero ¿era efecto de los trasportes de su emocion ó que su enemigo ejecutaba ya su amenaza? Aun es un misterio en el día.

— ¿Me soltais? dijo Simon haciendo esfuerzos desesperados para desprenderse del casto pero ahogador abrazo de la araña que le sujetaba todo el cuerpo. Dejadme salir. Os he asegurado en nuestra nueva constitucion de la sociedad un destino envidiable... ¿Estais ahora contenta?

— ¡Simon! exclamó Miggs. ¡Bendito Simon! ¡Ah! señora, si supiérais en qué estado se hallan mis sentimientos en este instante de prueba!...

— ¡Por vida mia! Sus sentimientos presentaban un carácter bastante turbulento. Habia perdido la gorra en la batalla, estaba arrodillada en el suelo recogiendo sin pudor para los presentes la mas extraña coleccion de papelillos azules y amarillos, de trenzas de cabellos sospechosos, de alfileres, de corchetes de corsé, de cordones y de no sé cuántas zarandajas mas. Estaba sin aliento, con las manos crispadas, sin vérselo mas que el blanco de los ojos, llorando como una Magdalena, y manifestando en fin todos los síntomas mas agudos de un gran padecimiento moral.

— Dejo aquí, dijo Simon volviéndose hácia el herrero sin hacer siquiera caso de la afliccion virginal de Miggs, dejo en mi aposento algunos efectos que no necesito y de los cuales podreis hacer el uso que gustéis. Buscad otro obrero para vuestros trabajos; yo no soy mas que obrero de la patria, y en adelante solo trabajaré para ella.

— Dentro de dos horas hareis lo que gustéis, pero ahora ireis á acostaros, respondió el herrero interceptando la puerta. ¿Me ois? ¡A la cama!

— Sí, os oigo y me burlo de vos, Varden, dijo Simon. He ido esta tarde á la campiña á arreglar una expedicion que hará estremecer vuestra alma temerosa de herrero, señor fabricante de campanillas. Es un negocio que exige toda mi energía. ¡Paso, paso!

— Si haceis ademan de acercaros á la puerta, os arrojé al suelo como á un niño. Así pues, lo mas prudente es irós á acostar.

Simon no contestó, pero se empinó cuanto pudo y descargó con su cabeza un golpe de ariete sobre el pecho de su amo, y se les vió despues en la tienda, asidos uno de otro con los piés y las manos, tan enredados y ensortijados, que se hubiera creído que eran al menos media docena de combatientes... Hasta creo que Miggs y Marta contaban doce en medio de sus gritos penetrantes.

Al herrero le hubiera costado muy poco trabajo derribar á Simon y atarle de piés y manos, pero le repugnaba maltratarle en aquel estado de embriaguez sin defensa, y se contentaba con parar los golpes cuando podia, con colocarse delante de la puerta de la calle y con esperar una ocasion favorable para obligarle á retirarse á la escalera y encerrarle bajo llave en su cuarto.

Sin embargo, el buen herrero se había fiado demasiado en la debilidad de su adversario, y no debió olvidar que hay borrachos que apenas tienen fuerza para sostenerse en pié, y que á lo mejor echan á correr como liebres. Simon Tappertit, aprovechando una ocasion, hizo ver traidoramente que se caia de espaldas, y mientras el herrero se bajaba para levantarle, se coló en un abrir y cerrar de ojos por entre sus piernas, abrió la puerta cuyo cerrojo conocia tan bien, y se precipitó calle abajo como un perro rabioso.

El herrero se paró un momento en el exceso de su asombro, y despues salió en su persecucion.

No se podía elegir un momento mas favorable para correr; en aquella hora silenciosa las calles estaban desiertas, y la figura que perseguia se veia claramente á cierta distancia huyendo como una flecha con una sombra larga y gigantesca en pos de sus talones. Pero el pobre herrero era muy sólido para poder vencer en la carrera á un joven como Simon á quien le pesaban poco las carnes. ¡Ah! en otro tiempo le hubiera alcanzado al momento.

Así pues, viendo que por momentos le ganaba ventaja, y que al volver de una esquina le deslumbraban los ojos los primeros rayos de la aurora, Varden tuvo que desistir de su empresa y se sentó en un escalon para recobrar el aliento.

Simon huia en tanto con la misma rapidez y sin pararse una sola vez en direccion á la taberna de la Cuba donde sabia que encontraría á sus compañeros. Este respetable establecimiento, ventajosamente conocido por haber llamado ya la atencion de la policía, habia organizado una vigilancia amistosa colocando centinelas para esperar el regreso del formidable capitán.

— Haz lo que quieras, Simon, haz lo que quieras, dijo el herrero cuando recobró el uso de la palabra. He hecho cuanto he podido para salvarte, pero veo que es inútil y que tú mismo te pones la cuerda en el cuello.

Al mismo tiempo movió la cabeza con tristeza y desaliento, se levantó y se dió prisa en volver á su casa donde le esperaban Marta y la fiel Miggs que aguardaban con impaciencia su regreso.

(Se continuará.)

La Commune ante la Justicia.

(Continuacion. — Véase el N° 975.)

Se va á leer una carta del intendente del palacio de Saint-Cloud que contradice vuestra afirmacion.

Leida la carta, resulta no ser cierto lo que Courbet ha dicho, y este responde que la comision de que él formaba parte, habia inspeccionado todos los cuadros y obras artísticas traídas á Paris, y que la misma comision debia ir á Fontainebleau y á Versailles.

Concluido este incidente se continuó el interrogatorio de Lullier, haciéndole cargo el presidente de estar afiliado en la Internacional, puesto que el tribunal tiene cartas que prueban que esta Sociedad le habia nombrado su delegado.

El procesado afecta ignorar la delegacion que se le habia conferido, y dice que puede suceder en esto lo que aconteció cuando fué nombrado miembro del comité de salud pública de Gers sin que él lo supiese.

Se le hace cargo de haber mandado fusilar al capitán Combes, hecho que resulta de la deposicion de una cantinera de la guardia nacional republicana. El acusado niega el cargo diciendo que en aquella época no estaba ya en el Hotel de Villa.

Tambien niega el cargo que se le hace diciéndole que tomó parte en el motin de 22 de enero. Contesta que no entró en Paris hasta el 12 de marzo.

En este estado, el presidente dijo al acusado que acabase de decir lo que habia empezado á referir en la última audiencia acerca de sus relaciones con el gobierno de Versailles.

Lullier anudó su relacion diciendo que los intermediarios eran MM. Camus y Duthil, enviados por Monsieur Thiers, que le ofrecieron sumas que no le entregaron, porque de otro modo habria llevado á cabo su proyecto de barrer esta Commune que habia faltado á su programa racional, al que se habia adherido Lullier.

INTERROGATORIO DE PASCUAL GROUSSET.

El presidente del consejo empezó preguntando al acusado si pensaba continuar el mismo sistema que habia seguido durante la instruccion de la causa, negándose á responder á las preguntas que se le habian hecho.

El acusado contestó:

« De ningun modo, señor presidente. Si me he negado á responder, ha sido para concluir antes con la instruccion. »

Preguntado en seguida si habia colaborado en diferentes periódicos, y entre estos en *el Pueblo y la Marsellesa*, contestó afirmativamente.

Acto continuo se le hizo cargo de haber fundado el periódico titulado *l'Affranchi*, en el que no habia cesado de hacer una violenta provocacion á la guerra civil.

El acusado, que no puede negar el hecho, se limita á contestar que habia únicamente defendido los derechos del pueblo de Paris.

Esta respuesta produjo una réplica oportuna, puesto que se dijo al procesado que sin duda para defender los derechos de Paris se motejaba en el periódico aludido á las tropas de Versailles con los nombres de *papales y niños de cria de los curas*.

Grousset responde que no se dirigia al ejército en general, sino á los vendeanos y á los zuavos pontificales que formaban parte del ejército versallés.

Se hizo tambien cargo al acusado de haberse opuesto á todas las medidas de conciliacion como miembro de la Commune; á lo que contestó que no se oponia tanto á la conciliacion como á los conciliadores, que proponian frecuentemente medios ridiculos. En prueba de su afirmacion habló de una carta que recibió, concebida en estos términos: « Dadme el local del Palacio Real y entregadme 400,000 francos, y os aseguro hallar el medio de conciliacion con Versailles. »

Preguntado si habia votado por la creacion del comité de salud pública, contestó:

« No quiero disputar acerca de mis actos como miembro de la Commune; acepto perfectamente la responsabilidad de ellos, aunque estoy muy lejos de aceptar las medidas concernientes al asesinato de los rehenes. »

Dice en seguida que la Commune no habia tenido la intencion de poner en ejecucion el decreto sobre rehenes, sino hacer de él una amenaza para impedir al ejército de Versailles que matase los prisioneros federados.

Sigue diciendo que « la Commune tenia horror á la sangre. » (Murmillos generales en la sala de audiencia.) Sí, tenia horror á la sangre, y esto es tan cierto que cada vez que se hablaba de una ejecucion se censuraba vivamente. No ha tenido lugar mas que una ejecucion; se trataba de un militar. Pues bien, la Commune decidió que se destituyese al comité militar que habia mandado proceder á esta ejecucion.

Habiéndosele hecho cargo de haber sobreexcitado á los guardias nacionales con los decretos de la Commune, Grousset respondió:

« Si creyese tener sobre mi conciencia el asesinato de los rehenes, no vacilaria en declararlo. Despues de las

muertes de Duval y Flourens, el pueblo estuvo furioso; queria usar de represalias con los prisioneros. Tuvimos todo el trabajo imaginable para impedirlo. Entonces fuimos arrastrados á hacer los decretos sobre los rehenes para dar satisfaccion á la opinion pública. »

Añade despues que la relacion de los asesinatos de los rehenes se oyó en la Commune con grande emocion, y que este hecho será una mancha que no borrará el partido aunque pasen cien años. Supone ser grande su dolor bajo el punto de vista de las opiniones republicanas.

Quiere en seguida destruir el cargo hecho acerca de la irregularidad del gobierno de la Commune, diciendo que no era mas irregular que el gobierno del 4 de setiembre.

Grousset dice que, habiendo sido nombrado por 43,000 votos que tuvo en su distrito, podia considerarse como un elegido del pueblo. Añade, además, que la Commune era el poder mas fuerte y regular que podia establecerse en semejantes circunstancias.

El presidente dijo al acusado:

« Para consagrar vuestro poder habeis mandado prender á tantos inocentes. »

El procesado contesta que esto sucede muchas veces, y que ahora mismo, entre los muchos prisioneros que hay, se hallan tambien muchos inocentes, entre los cuales puede contarse la familia del que habla, que no es responsable de sus actos, y sin embargo, se halla perseguida.

Pero al menos se procede con regularidad, replicó el presidente.

El interrogatorio tomó otro giro refiriéndose á la organizacion del personal del ministerio de Negocios extranjeros que la Commune llamaba delegacion, conferida á Grousset. Este no quiere decir nada en cuanto se refiere á Eugenio Kunemann.

Preguntado acerca de los pasaportes extranjeros que expedia, dijo que jamás habia expedido alguno, y que en esto se conformaba á los usos de la cancilleria.

El presidente le hizo presente que las personas que le rodeaban eran su hermano, dos individuos mas y la joven Acardé.

Contesta afirmativamente el hecho, pero respecto de la joven Acardé dice que no estaba á su servicio y que una sola vez la rogó que llevase 4,600 francos á M. La-coste, sin decirle por qué hacia este depósito.

Habiéndosele pedido explicaciones sobre el proyecto de la demolicion de la columna, fué pedida por un miembro que no quiere nombrar. Que cuando la Commune acordó el decreto, M. Iribe, uno de sus amigos, presentó un proyecto que ofrecia garantías de ejecucion acertada del acuerdo, y por esto le recomendó á la comision ejecutiva. Esta, despues de haber examinado el proyecto, confió la empresa á M. Iribe.

Habiéndose preguntado al acusado qué era lo que entendia por relaciones departamentales, se excusó de hacerlo diciendo que no sabia lo que pasaba en los departamentos hacia dos meses, aunque podia decir que en su ministerio habia una seccion dedicada á la propagacion del movimiento comunal.

Terminado el interrogatorio, el presidente pasó á hacer á Grousset los cargos generales hechos á los demás procesados, empezando por decirle que estaba acusado de atentado contra el gobierno. Grousset contestó que se referia á lo que su defensor dijese.

Se le acusó tambien de haber tomado parte en todos los decretos de la Commune y de haber hecho incendiar los monumentos públicos. Grousset acepta la responsabilidad de los decretos y rechaza la de los asesinatos é incendios.

Habiendo replicado el presidente que el acusado no podia ignorar el rumor que corria de que se iba á hacer saltar á Paris, Grousset contesta que lo mismo se decia durante el sitio. « Saltaremos antes que rendirnos; » pero que no se tomaba por lo serio. Que el literato y amigo de las artes no podia ocuparse de los incendios ni querer que fuesen quemadas las bibliotecas en que habia pasado su vida.

Acto continuo se pasó á la audicion de testigos, algunos de ellos en favor de Regere, y los demás á cargo y descargo de Pascual Grousset, siendo el mas interesante la señorita Acardé que no apartaba su vista del acusado, y que tiene un aire marcado de distincion y elegancia que hace suponer que á no ser por sus relaciones con el ex-delegado del ministerio de Negocios extranjeros no habria tenido nunca que levantar el vélo ante un consejo de guerra.

Audiencia del 18.

Empieza la sesion por las declaraciones de algunos testigos cuyas deposiciones son poco importantes, y sigue con el interrogatorio de Verdure, de quien se dice en la acusacion que tenia en su poder unos cuarenta litros de petróleo.

INTERROGATORIO DE VERDURE.

A instancia del presidente del tribunal, Verdure confiesa haber sido maestro de primera educacion en Saint-Omer, y despues depuesto de su cargo por sus opiniones avanzadas. Conviene en que es miembro de la Internacional desde el invierno último, y que era el cajero del periódico *la Marsellesa*.

Cuando se le pregunta qué hacia el 18 de marzo, contesta que era abanderado de un batallon de la guardia nacional: estaba en Saint-Omer y el 20 vino á Paris.

Confiesa además haber sido delegado del undécimo distrito, y dice que el espíritu del comité de salud pública fué al principio conciliador, cuando el presidente le hace la pregunta correspondiente á este hecho.

Explica lo que ha dicho en otro interrogatorio, afirmando que los delegados de la guardia nacional, en número de mas de 2,000 forzaban á los delegados de la Commune á obrar como lo hacian, y conviene en que estuvo en su distrito hasta el 23 de mayo, porque allí fueron á establecerse diferentes delegaciones. Conviene tambien en que Delescluze mandaba allí y que él habia declarado no haber mas soberano que el pueblo.

Reconoce haber sido miembro de la Commune desde el 26 de marzo; dice que unas veces votaba con la mayoría y otras con la minoría, y que votó contra el decreto de validacion de las segundas elecciones.

Se le hace cargo de haber estado del lado de la mayoría de la Commune, y que pidiendo todas las libertades de conciencia y reunion formó parte de un gobierno que las violaba todas.

Verdure dice que si hubiera estado presente habria votado contra las medidas violentas, y que en su distrito no se arrestó á nadie. Todos los delegados dicen lo mismo, repuso el presidente, y sin embargo, se arrestaba en Paris á todo el mundo.

Se procede en seguida al exámen de los testigos de descargo, que, en resumen, dice haber prestado Verdure algunos servicios, interponiendo su autoridad ó su mediacion para que fuesen puestas en libertad algunas personas ó se las protegiese en la alcaldía cuando fuesen insultadas por la muchedumbre.

Se procede al *interrogatorio de Ferat*.

El presidente le pregunta qué era el 15 de marzo, y el acusado responde: « Simple soldado del Comité central. »

Aprovecha la pregunta para hablar del comité, sin decir nada nuevo, y dice que cada compañía de la guardia nacional recibió de la primera comision una circular que tenia por objeto salvar los intereses de la milicia ciudadana.

Siguiendo su relacion, dice el acusado que el 19 de marzo, á las tres de la mañana, fué con sus compañeros á tomar posesion del Hotel de Villa, donde tomaron tambien las riendas del gobierno para impedir la guerra civil. (Risas.)

Indignado Ferat por las risas del auditorio, insistió en que habian, él y sus compañeros impedido la guerra civil del 19 de marzo, añadiendo que si habia gente malvada en la guardia nacional, habia tambien gente honrada, que no tiene necesidad (volviéndose hácia Lullier) de calentarse la garganta para marchar.

El presidente interrumpió al acusado, haciéndole observar que hay en efecto gente honrada; pero cuando entre cada 80 personas hay cinco malvados, hacen estos mas mal que bien los otros.

Se le hace cargo de haber mandado con mucha energia un batallon de nacionales durante el régimen de la Commune, y de haber dicho que mataria cuantos versalleses pudiese.

Contesta lo primero; y dice que el testigo que ha dicho lo último, será oido y contestará el que habla.

Conviene en haber ocupado con su batallon el seminario de Issy, y haber estado despues su batallon en Neuilly, aunque no el acusado, por haberle preso, hecho que tenia conexion con los proyectos de Cluseret, que queria ser dictador, y que habia metido en el estado mayor de la guardia nacional todo lo que en ella habia de mas desatado.

Se buscan los incendiarios, pues bien: que se les busque en el estado mayor de la guardia nacional, allí se los hallará. (Sensacion.)

INTERROGATORIO DE CLEMENT.

El presidente del tribunal pregunta al acusado en qué se ocupaba durante el sitio. Clement contesta que en trabajar en su oficio de tintorero.

Cuando el presidente le hace notar que hay una orden de incendio firmada por él, no la reconoce por suya.

El presidente le dice que parece ser suya la orden, aunque es poco agradable tener un homónimo semejante.

Clement dice que el 17 de mayo fué el último dia que asistió á las sesiones de la Commune, y que no volvió allí mas que para recoger unos libros y papeles que habia olvidado.

Preguntado qué habia hecho despues de la entrada de las tropas de Versailles, Clement contestó que el lunes fué á casa de un negociante de la calle de Saint-Antoine; que allí jugó al billar cerca de dos horas, y se marchó á su casa, porque el dueño del establecimiento le dijo que su presencia le inquietaba, y que despues fué preso en su misma casa.

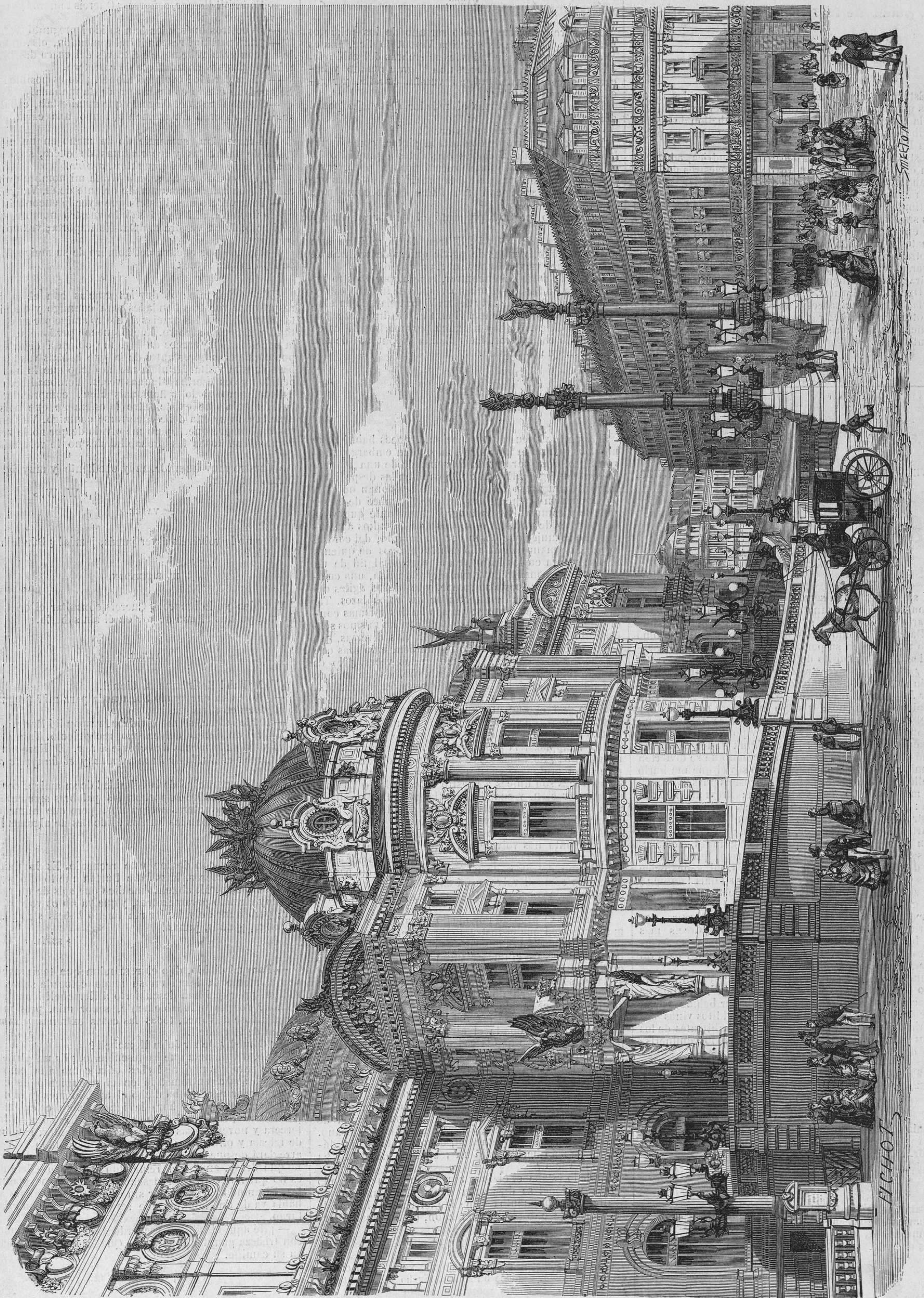
Varios de los testigos de descargo hablan favorablemente del acusado por servicios que les ha hecho.

Otro testigo da buenos informes del procesado, y se levanta la sesion.

(Se continuará.)



Sepultura de Alejandro Dumas en el campo santo de Neuville, cerca de Dieppe.



PARIS. — El pabellon de la calle Scribe en el nuevo Teatro de la Ópera.

La plaza de la Nueva Opera en Paris.

EL PABELLON DE LA CALLE SCRIBE.

Estos días han derribado los últimos cercados de tablas que cerraban en algunos puntos el nuevo edificio de la Opera, principalmente junto al pabellon de la calle Scribe, que antes del 4 de setiembre se llamaba pabellon Imperial.

Este elegante pabellon de forma cilíndrica, adornado con cierto número de bustos de los maestros del arte, estaba reservado á la entrada de Napoleon III. Una doble rampa sirve para que lleguen los coches hasta un vestíbulo cubierto, en donde pueden apearse las personas sin temor de la intemperie. El pabellon se encuentra en la fachada lateral Oeste del edificio, formando ornatos y haciendo pareja con otro pabellon situado en la otra fachada lateral, donde tambien la gente podrá apearse á cubierto; pero á nivel del suelo.

Gracias á esta ingeniosa idea, el arquitecto de la Nueva Opera, M. Garnier, ha podido suprimir delante de su fachada principal esas galerías cubiertas que se ven en otros grandes teatros, y colocar el basamento de su edificio en un peristilo que le da un aspecto monumental. C. P. D.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 975.)

VANCE, hablando entre sí.

Y sin embargo, su serenísima sublimidad, lady Selina Vipont, me dijo con una divina compasion: « En vuestro arte encantador no se conoce á los hombres como M. Darrell. » ¡Como si esto no fuera transparente! ¡Como si yo no leyese en su pensamiento cuando se ha dignado decirme á propósito de la manera con que iba vestido: ¿Qué importa vuestro traje? ¡Todo el mundo sabe quién sois! ¿Hubiera hablado así al conde de Dunder ni á sir Jasper Stollhead? No. Yo soy el pintor Frank Vance, ni mas ni menos; y si yo anduviera con la cabeza en el suelo y los piés al aire, una camisa rayada y un calzoncillo fantástico, lady Selina Vipont hubiera tenido la bondad de murmurar: ¡Si es Frank Vance el pintor! ¿Qué importa? ¡Ah! Esas gentes creen que se divierten conmigo. ¡Titeres y maniqués! yo soy el que me burlo de ellos. Escuchadme, Lionel. Vos estais mas cerca de ese mundo de lo que yo pensaba; promettedme una cosa: podéis llegar á ser uno de su trunca, gracias á vuestro famoso M. Darrell: si oís que hacen burla de un artista, músico, escritor, sea lo que sea, porque corre en pos de la fortuna, adula á los grandes *etcétera*, antes de hacer coro con los que se rian, preguntad al hijo de algun alto personaje, con un árbol genealógico que se remonte al diluvio: ¿Y vos no adulais tambien? ¿No solicitais humildemente el voto de Sam, el carnicero grasiento, y de Tom, el herrero lleno de tizne? ¿Por qué? ¿porque eso es útil para vuestra carrera, necesario á vuestra ambicion? ¡Bah, bah! ¿Creeis mas bajo hacer la corte á mujeres de blancas manos, á elegantes pisaverdes? ¡Qué demonio! eso es inútil para mi carrera, necesario á mi ambicion.

Vance se detuvo sin aliento. ¡Sostener él, niño mimado de los círculos elegantes, ideas tan radicalmente democráticas! Seguramente debia haber bebido por el valor de sus dos guineas de aquellos malditos vinos ordinarios. Ningunos mas traidores. Los habitantes de los países que producen vinos ligeros, son todos quimeristas y demócratas.

LIONEL, todavía aturdido con la larga descarga de Vance.

Nadie, estoy seguro de ello, ha podido creer jamás que vos correis tras la fortuna; todos saben que un gran pintor...

VANCE.

¡Data de Miguel Angel, si no de Zeuxis! Los mortales ordinarios establecen su genealogía por sus antepasados personales; los hijos del arte descienden de los fundadores del arte.

LIONEL.

¿Pero todo eso qué tiene de comun con M. Darrell?

VANCE.

M. Darrell hubiera podido ser uno de los primeros personajes del país; lady Selina Vipont lo dice, ella es aliada, segun creo, de todos los miembros del gabinete. M. Darrell puede introducirnos en el gran mundo y hacer vuestra fortuna. Bendecid vuestra estrella, y regocijaos de no ser pintor.

Lionel pasó sus brazos al rededor del ancho pecho del artista.

— ¡Vance, exclamó, estais cruel!

Y le tocó su turno de consolar al pintor, como Vance le habia consolado á él tres dias antes á propósito del mismo M. Darrell. Vance se calmó poco á poco, y los jóvenes salieron á pasearse á la luna. Y las estrellas brillaron para Vance con tan dulce brillo como para Lionel.

— ¿Cuándo partís? preguntó el pintor al irse á acostar.

— Mañana por la tarde. El tren de la mañana sale muy temprano, y antes de partir quiero despedirme de Sofía. Espero volver á encontrarla algun dia.

— Y si la volveis á encontrar, espero, por vuestro interés, que no llevará el mismo vestido de indiana estampado, con el lente de lady Selina Vipont clavado en ella.

— ¡Cómo! ¿Lady Selina Vipont es tan impolítica?

— Impolítica. No hay ninguna persona impolítica en ese mundo encantador. Lady Selina Vipont usa de una política... que os asesina.

XVIII.

Hay en la vida una gran leccion... pocos habrá entre nosotros que no la hayan recibido, y sin embargo, ningún libro, á mi parecer, la ha señalado de una manera bastante enérgica. Es esta: ¡Reparad en las despedidas! La verdadera causa del disgusto que ocasionan no es la separacion en sí misma, es la incertidumbre de saber cuándo y cómo volvereis á ver el semblante que va á desaparecer de vuestros ojos. Despues del adios apasionado de la mujer que posee vuestro corazon, del cordial apretón de manos cambiado con los amigos de quienes uno se separa en los baños, en el campo, al fin de un dia de fiesta consagrado á una alegre partida, una cuerda mas ó menos fuerte se rompe, y los dedos ágiles del tiempo no se ocupan en reanudar los rotos lazos. Tal vez os volvais á encontrar: ¿acaso en las mismas condiciones, con las mismas simpatías, con los mismos sentimientos? Las almas impelidas por vias diversas, ¿se reunirán como si el intervalo no hubiera sido mas que un sueño? Raras veces, ¡ay! muy raras veces. ¿No os ha sucedido nunca, despues de un año, de un mes de ausencia, volver á los mismos lugares, encontrar otra vez los mismos grupos reunidos, y decir suspirando: ¿Dónde está el encanto que embellecia este sitio en otros tiempos, que sonreia en otros tiempos sobre estos rostros? Un poeta ha dicho: ¡La misma eternidad no podria reemplazar la pérdida del momento arrebatado á un minuto! ¿Sois dichosos en los lugares donde os complacéis en prolongar vuestra estancia con las personas cuyas voces son dulces á vuestro oido? Dilatad la hora de la separacion, y cuando esta llegue al fin, no digais desafiando insolentemente al tiempo y al destino: ¡Qué importa! pronto nos volveremos á ver.

¡Ah! cuando pensamos en los labios que murmuraban: ¡Pronto nos volveremos á ver! ¡Ay! Cuando recordamos cómo hemos permanecido separados por siempre el uno del otro, de corazon, de alma, de pensamiento, y cómo al volvernos á encontrar otra vez frente á frente, hemos exclamado en nuestro interior: ¡Todavía!...

El sonido se propaga por medio del aire que respiramos: suponed que el instrumento sea el mismo, suponed que la fuerza á él aplicada es la misma; el aire, que no podéis ver, es el que trasmite la música á vuestro oido.

Haced sonar una campana bajo el recipiente de una máquina neumática donde se haya hecho el vacío y apenas oireis el sonido; haced vibrar la misma campana al aire libre, á la viva luz del dia, ó sumergida en el seno del Océano, donde el aire comprimido por todas partes llena el vaso que la rodea, y el sonido trasportado á lo lejos, estremece vuestra alma, detiene vuestros pasos. Vuestra alma ha oido la voz que se eleva de las profundidades del Océano (1).

¿Qué es lo que ha cambiado cuando decís: es el mismo metal; ¿cómo percibo el sonido tan débilmente? Preguntad al aire invisible para vos, por encima de vuestra cabeza en el cielo, á vuestros piés en el Océano. ¿Estais seguro de esa campana, cuyo sonido es tan débil, no ha sido herida bajo un recipiente donde se ha hecho el vacío?

Nublado estaba el cielo y amenazando lluvia cuando Vance y Lionel se dirigieron hácia el alojamiento de Waife. En el momento en que Lionel asía el aldabon de la puerta de entrada, el remendon, en su tienda por-

(1) Una campana, colocada bajo un vaso donde el aire está comprimido, produce un sonido mucho mas fuerte. El sonido se propaga cuatro veces mas pronto en el agua que en el aire superior.

tátil cerca de la ventana, levantó los ojos sobre él y sacudió la cabeza diciendo:

— Es inútil llamar, señores. ¿Quereis tomaros la pena de venir por aquí?

— ¿Vuestros huéspedes han salido? preguntó Vance.

— ¡Han partido! respondió el remendon, clavando la lesna con gran vehemencia á través del cuero destinado á la compostura de una bota de carretero.

— ¡Han partido! exclamó Lionel. ¡No es posible! Yo he quedado citado con ellos para esta mañana.

— Siento mucho el disgusto que manifestais, caballero. Pero esperad un momento, tengo una carta para vos.

Y el remendon, sumergiendo la mano en un cajon lleno de tachuelas y recortaduras de cuero, sacó una carta dirigida á Lionel Haughton, *squire*.

— ¿Cómo diablos ha sabido Waife mi nombre de familia? ¿Le habeis pronunciado delante de él, Vance?

— Yo no. Pero me dijisteis que ayer le encontrásteis en la hostería, allí habrá sabido vuestro nombre, que está grabado en vuestra maleta. No importa; veamos lo que dice.

Y mirando por encima del hombro de su amigo, Vance leyó lo que sigue:

« Muy señor mio: os doy las gracias con el mayor respeto por vuestras bondades para conmigo y mi nieta; doy tambien las gracias á vuestro amigo por su oportuno y generoso socorro. Ruego que me perdoneis; pero la necesidad que carece de ley, me obliga á dejar este pueblo algunas horas antes de la que habiais vos fijado para vuestra visita. Mi nieta me ha dicho que la habeis pedido que os escriba algunas veces. Perdonadme, caballero, pero si lo reflexionais bien, comprendereis la diferencia que existe entre la esfera en que vivís y aquella en que ella debe encerrarse conmigo. Veis ante vos un hombre que... pero me olvido de que no le veis, y que segun todas las probabilidades no le volvereis á ver jamás.

» Vuestro muy humilde, muy obediente y muy agradecido servidor,

» W. W. »

VANCE.

¿Que no le volvereis á ver jamás, jamás! ¿Dónde habrán ido?

EL REMENDON.

Tambien yo lo ignoro. ¿Quereis consultar el cristal? Tal vez poseais el don de ver en él sin saberlo.

VANCE.

¿Yo? ¡Bah! Retirémonos, Lionel.

— ¿No os ha encargado Sofía nada para mí? preguntó el joven con tristeza.

— Perdonadme, se me olvidaba, respondió Merle.

Y sacó un librito del mismo receptáculo. Vance lo miró y no pudo menos de echarse á reir. El libro tenia este titulo: *el Baile de la mariposa* y el banquete de la cigarra*.

Lionel no participó de la hilaridad de su amigo, cogió el libro y leyó sobre la portada las palabras siguientes, trazadas en caracteres irregulares, pero que húmedos todavia conservaban las huellas evidentes de algunas lágrimas.

« No mireis con desden este recuerdo. Es lo único que puedo ofrecer. Miss Jane Burton me lo dió para mi instruccion. Mi abuelito me dice que sois de un rango muy elevado para nosotros, y que ya no os volveré á ver; pero nunca olvidaré cuán bueno habeis sido para conmigo, ¡jamás, jamás!

» SOFÍA. »

— Por qué diablo, dijo el remendon que tenia asida verticalmente la lesna en su mano colocada sobre la rodilla, ¿por qué han descubierto á Herschell los astrónomos? Porque indudablemente, señor mio, prosiguió dirigiéndose á Vance, todas las cosas extrañas y raras vienen de Herschell.

— ¿Cómo! ¿De sir John Herschell?

— No, del planeta que ha descubierto. ¡Es un planeta terrible para las mujeres! ¡Las odia como á la peste! Sin duda se ha entrometido en el nacimiento de esa niña, porque ella me ha dicho el año, el mes y el dia de su nacimiento; la hora la ignora, pero calculando por la tarde, Herschell debe estar en contra suya en las tercera y novena casas: viajes, cartas, cuentos, asuntos de iglesia y otras cosas semejantes... Pero todo esto se arreglará despues que pase. Su Júpiter debe ser bueno. Lo que deseo, añadió el remendon con tono solemne, es no quieran continuar descubriéndonos otros planetas. El mundo estaba mejor sin este último, y ahora se habla ya de un Neptuno, que será tan malo como Saturno.

— ¡Hé aquí el último recuerdo de ella! dijo Lionel con tristeza guardando el libro. Que el cielo la proteja en su camino.

VANCE, al remendon.

¿Creeis que vuelvan por aquí Waife y esa pobre niña?

EL REMENDON.

Tal vez: él ha examinado con mucha atención el mapa del condado que está expuesto en la ventana del papalista. Eso parece indicar que no tiene intención de marchar muy lejos. Acaso vuelva.

VANCE.

¿Se ha llevado todos sus efectos?

EL REMENDON.

A excepción de un arca vieja, que solo contiene, según creo, efectos de teatro, colecciones de comedias, cajas de colorete, una antigua peluca y otras cosas semejantes. Por lo demás, él tiene buenos vestidos, siempre los ha tenido, y la niña también, guardado todo en un paquete.

VANCE.

Pero al menos sabreis su proyecto. Yo le he dado una fuerte suma: ¿Qué hará de ella?

EL REMENDON.

Eso es precisamente lo que me da más en qué pensar. ¿Para qué es ese dinero? Yo he trazado una figura para saberlo; pero nada he podido sacar de ella. Signos extraños en la duodécima casa... Enemigos y animales grandes... Indudablemente, él es un hombre prodigioso; si no fuera tan incrédulo respecto del cristal, diría que está bajo la influencia de Herschell; porque ya veis, caballero (y cogió á Vance, que hizo ademán de marcharse, por la solapa), aunque Herschell sea un astro de bastante mal agüero, sobre todo respecto de los negocios del otro sexo, tiende á sumergir en los misterios de la naturaleza á las personas que están bajo su influjo. Yo soy un hombre de Herschell, desde los pies á la cabeza, nacido en marzo y...

— Y loco como las liebres de marzo, murmuró Vance, dejando un botón en las manos del remendon y alejándose con impaciencia.

Pero no efectuó su retirada tan fácilmente como creía, porque en la esquina de la callejuela, al lado de la casa de Merle se había formado sin ruido un grupo de mujeres desde el momento en que los dos amigos se habían detenido en la casa del remendon. Una le tiraba de un brazo, la otra de la chaqueta, mientras una tercera, vieja y chata, le decía al oído.

— Que sea el primero mi retrato.

Vance se detuvo lleno de espanto.

— ¡Que haga yo vuestro retrato, tarasca!

Y en el mismo momento otro modelo, cuyos rústicos encantos hubieran podido suministrar un ideal para el grasiento fregador de vajilla de *Tristram Shandy*, hizo una brusea reverencia y dijo:

— Caballero, si no teneis inconveniente en venir á la cocina, después que se acueste la familia, os daré dos libras por mi retrato en miniatura.

— ¡Vuestro retrato en miniatura, Maritornes!

— Perdonad, caballero, yo me llamo Mary Jones y no Maritornes. Me compondré bien; tengo un gorro enteramente nuevo de encaje de Honiton y...

— ¿Queréis dejar á este señor? dijo interrumpiéndola una tercera. Mary, me avergonzais. ¡Proponerle que vaya á la cocina!

— Caballero, yo soy niñera, y mi ama dice que podéis hacer mi retrato, si gustais, siempre que hagais al mismo tiempo el del niño. Número 8, en la calle Mayor, casa de mistress Spratt. El niño tiene sarampión, os lo digo por si sois casado y teneis hijos. Podéis venir con toda seguridad, sí señor.

Vance no pudo aguantar más y olvidándose de la galantería, que es uno de los más bellos atributos del sexo masculino, rompió violentamente el círculo que le rodeaba, acompañando su acción de un anatema, y ultrajando á la vez los encantos y la virtud de las desgraciadas sobre quienes recayó su rabia. Este procedimiento que hubiera justificado un grito de reprobación de cualquier hombre de buenos sentimientos, hizo cambiar de pronto en clamores furibundos las palabras de súplica que hasta entonces le habían dirigido.

El pintor echó á correr seguido de las bellas irritadas. ¡A ese, á ese!... ¡No es un gentleman, no es un gentleman! ¡Corre, corre, mal polizonte! gritó Mary la cocinera.

Los tenderos abandonaron sus mostradores y salieron á sus puertas. Perros errantes, excitados por sus clamores, persiguieron ladrando al fugitivo. Vance, temiendo ser desollado vivo por las mujeres si no aceleraba su marcha, seguro de ser mordido por los perros si corria, siguió un término medio, esforzándose por conservar su aspecto tranquilo, hasta que, al llegar al extremo de la calle, vió un cercado á su derecha, por encima del cual saltó con la agilidad que el aguijón de la conservación daba á sus miembros; después se lanzó como una flecha en línea recta y no se detuvo hasta el momento en que casi sin aliento se dejó caer sobre el banco que cobijaba el cenador de madreseiva.

Aun se está abanicando con su gorra, dejando escapar ciertas imprecaciones que la pluma no podría repetir,

cuando se reunió á él Lionel que se había quedado detrás para hablar de Sofia con el remendon, y que no creyendo que los clamores que habían llegado á sus oídos se dirigían contra su amigo, se había dejado vencer por el zapatero para subir á mirar, aunque en vano, en el cristal, á Sofia.

Cuando Vance acabó de referir sus aventuras, que Lionel escuchó con el mayor interés, tomando parte en sus tribulaciones, había ya llegado el tiempo de pagar este último escote, cerrar su maleta y dirigirse al camino de hierro. Pero para llegar á la estación era preciso pasar por el centro del pueblo, y Vance juró que no podía determinarse á ello.

— ¡Peste! dijo, tendría que pasar precisamente por delante del número 8 de la calle Mayor, y allí encontraría en la puerta á la niñera con el rorro, exactamente como en la descripción de los infiernos de Virgilio:

Infantumque animæ fientes in limine primo.

Aquí nos despediremos. Cuando mis nervios excitados se hayan calmado algún tanto, iré á Chertsey en la barca. Allí no hay que ver más que dos ó tres puntos pintorescos. Dentro de algunos días estaré en Londres de vuelta. Escribidme cómo marchan vuestros negocios. ¡Dadme la mano, y la gracia de Dios os acompañe! Pero, no he pensado hasta ahora en tal cosa, vos habeis pagado la mitad de los gastos de la posada; ¿teneis bastante dinero para vuestro viaje?

— ¡Oh, sí! El precio del billete del camino de hierro solo es de algunos chelines; pero ahora se me ocurre una idea, es necesario un carruaje para ir á Fawley. No debo ir á pie (con orgullo), y después, si él me insultase y tuviera que partir bruscamente... ¿Podéis prestar me un soberano? mi madre os lo dará.

VANCE.

Hélo aquí, y poca cosa queda ya en mi bolsa, ¡aquella maldita hostería de *Star-and-Garster*! ¡Y esas tres libras esterlinas!...

LIONEL, exhalando un suspiro.

¡Que han sido bien empleadas! Antes de vender ese cuadro me dejareis que saque una copia.

VANCE.

Mejor hareis en tomar otro modelo para vos. El lugar está lleno de ellos: podéis ajustar una de esas caras de marsopla por la mitad de la suma que he tenido la simpleza de dejarme arrancar por esa niña bachillera. Vaya, no os pongais tan serio; permito que copieis mi cuadro si podéis.

— Ya es la hora, y es necesario que os despacheis, caballero, dijo el posadero asomando por la puerta su faz rubicunda.

— ¡Adios, adios!

XIX.

Así partió Lionel Haughton para una expedición tan importante para su incierto porvenir, como podía serlo en otro tiempo para los caballeros errantes el paso del puente peligroso ó la entrada de la caverna del Dragon.

« Antes de decidiros á permanecer para el porvenir, extraños el uno al otro, una corta visita. » Tales eran poco más ó menos los términos de la invitación dirigida al que tenía que ganarlo todo, por aquel que todo lo podía dar. ¿Y bajo qué aspecto miraría Lionel Haughton, con sus ambiciosas y orgullosas ilusiones, aquella expedición cuyo resultado sería ó introducirle en la grande liza social bajo un pie de igualdad con los hijos de los paladines, ó volver á arrojarle en los brazos de la viuda que alquilaba el piso principal de su casa amueblado en una de las calles más modestas de Pimlico? Si hemos de decir la verdad, la duda que le agitaba mientras marchaba aceleradamente á la estación, donde se elevaba una columna de humo, no era la que sus amigos hubieran podido experimentar en su interés. En palabras podía traducirse de este modo. ¿Dónde estará esa pobre Sofia? ¿Qué será de ella?

Pero una vez lanzado sobre los rails y arrastrado rápidamente hacia el objeto de su viaje, el pensamiento de la prueba por que iba á pasar se presentó á pesar suyo en su imaginación y murmuró entre sí:

— La suerte está echada: sea lo que le parezca á mi pariente, con tal que yo no tenga que lisonjear sus caprichos. Prefiero mil veces entrar en el mundo como un gentleman sin recursos, obligado á seguir su camino como un hijo de Adán, que llegar á la fortuna arrastrándome sobre las rodillas, en mengua del nacimiento del gentleman y de la dignidad de hombre á la vez.

Si se tiene en cuenta el orgullo vigilante del primo pobre, alerta siempre para un insulto, y el carácter del primo rico, bastante grosero para hacer este insulto, se convendrá en que á Lionel Haughton le presenta la fortuna una suerte, pero no se trata ahora de averiguar en qué consistirá esa suerte, la cuestión es: « ¿Qué hará de ella? » Y á medida que el lector avance en esta narración, reconocerá que hay pocas cuestiones tan frecuentemente agitadas en este mundo miserable, y cuya

solución sea más importante para cada individuo, que aquella sobre la cual versan los descubrimientos de todos los sabios, las intrigas de todos los novelistas, la que se aplica á toda la vida humana, desde su primer sueño en la cuna, cuestión que puede expresarse de un modo general en estos términos: « ¿Qué hará de ello? »

LIBRO SEGUNDO.

I.

Lionel llegó por el camino de hierro á la estación, para la cual había tomado billete, sin ningún accidente digno de mencionarse. Allí se informó de la distancia que le quedaba que recorrer hasta la casa de Fawley: esta distancia era de cinco millas. Pidió un carruaje y bien pronto empezó á rodar con bastante velocidad por un camino muy desigual, á través de una comarca que formaba contraste con los frescos y risueños paisajes que acababa de abandonar. El aspecto de aquel país es completamente inglés; pero más bien de la Inglaterra de otra época que de la Inglaterra que se despliega al rededor de la capital actual como una inmensa red de jardines y de casas de campo. Allí no se distingue ni aldea, ni campanario, ni una casilla de guarda. Los campos de trigo son muy raros: vastos terrenos comunales, sin cercas, abandonados al estado primitivo, se extienden á ambos lados del camino, limitados á lo lejos por grandes bosques, principalmente de hayas, que forman en el horizonte como una guirnalda de verdura. Aquel país se asemeja tanto á la antigua Inglaterra que los templarios podrían aun dirigirse por aquellas tierras hacia algún monasterio, ó los fugitivos partidarios del tiempo de la sangrienta guerra de las rosas, en busca de un abrigo en la espesura de los bosques.

El aspecto de aquel país tenía pues su lado pintoresco, su belleza medio salvaje, y cierta tendencia á trasportar la imaginación del hombre de un talento cultivado y á despertar en su memoria poéticas descripciones largo tiempo olvidadas. La calma que reinaba en medio de aquellas soledades agrestes y de aquellos bosques espesos, disponía al alma á un ensueño dulce y grave á la vez. Allí, la imaginación podía dejar descansar la rueda de Ixion y el tonel de las Danaidas; allí los amantes desengañados podrían meditar sobre lo mezquino de todas las pasiones humanas y hacer la enumeración de todos los corazones que han encontrado la calma en el seno de la religión, ó que duermen en la paz de la tumba. ¿Veis ese lugar en donde se encuentran tres caminos en la llanura y donde un horizonte más vasto os presenta de pronto una meseta que se eleva á lo lejos, y sobre esa meseta una construcción, primer síntoma del hombre civilizado? Aquello no es más que molino de viento: sus aspas sombrías se destacan vivamente sobre un cielo empañado y plomizo.

— ¿Estamos en la propiedad de M. Darrell? preguntó Lionel al cochero.

Se había formado involuntariamente una gran idea de la extensión de aquella propiedad.

— No, señor, aun no, respondió el cochero; todavía nos faltan dos millas para llegar á casa del *squire* Darrell. Esto vale poco. Pero él ha comprado hace algunos años un buen trozo de tierra al otro lado del condado. ¿Es esta la primera vez que va el caballero á Fawley?

— Sí.

— En efecto, no recuerdo haberlo visto antes, y yo os hubiese conocido si os hubiera visto, porque rara vez he tenido que conducir á alguna persona á la antigua casa de Fawley. Hará cuatro ó cinco años que conduje á un individuo que se marchó mientras yo daba pienso á mi caballo y me *defraudó* así de mi viaje de retorno. ¿Qué necesidad tenía de volver á pie después de haber ido en mi carruaje? De seguro, no era un gentleman.

— ¿Según eso M. Darrell vive muy retirado del mundo?

— Lo supongo. No le he visto nunca, que yo sepa. Sin embargo, he visto dos de sus caballos, magníficas bestias.

Después dió un latigazo á su caballo, y Lionel no volvió á preguntarle.

Por último, el carruaje se detuvo delante de una barrera un poco separada del camino y á la cual viejos árboles daban sombra. El cochero echó pie á tierra y abrió la barrera.

— ¿Es aquí?

El cochero hizo una señal afirmativa, volvió á ocupar su puesto y prosiguió rápidamente su camino á través de aquello que por pura política se podía llamar un parque. El espacio cercado, era en efecto de una mediana extensión: por cualquier lado se distinguían sus límites. Dos planos cubiertos de masas de follaje, bajaban en suave pendiente á un terreno desigual tapizado de yerba: suelo flojo para pastos, pero agradable á la vista, con valles y montecillos, árboles de pintoresco ramaje, grandes robles seculares sembrados aquí y allá, y acá y acullá algunas matas de helechos y de aliagas. Las cornejas hacían oír sus roncós graznidos y las monótonas notas del cuclillo parecían salir de las más remotas profundidades de los bosques. Al cabo de algunos momentos un recodo del camino descubrió la habitación. Detrás se distinguía una cascada, bastante grande apenas para merecer el nombre de *lago*, describiendo muchas sinuosidades entre sus bordes irregulares y sus extremidades ocultas por árboles ó islotes para ser designada solo por el nombre vulgar de *mar*.

(Se continuará.)

Nuevas contribuciones que se habrian podido imponer, con los medios de evitarlas. — Caricaturas por Cham. |



Medio de evitar el impuesto : llevar el pantalon por chaqueta y viceversa.



Para probar que es hombre pudiente.



Medio de no llevar gorra, sin pagar el impuesto del sombrero.



Asociacion para pagar el impuesto del sombrero.



Retrato de un ciudadano que no tiene recursos sino para pagar la mitad del impuesto.



— ¿Qué has hecho con tu sombrero nuevo? — Reducirle á gorra, no puedo gastar sombrero.



Presos y condenados por el delito de usar vestidos sin tener recursos para pagar el impuesto.



Hijo mio, hay que pagar, lo siento; pero tu papá no ha pensado que su chaqueta te hacia á ti una levita.



Simple procedimiento para cambiar la levita en chaqueta.



Ciudadano poco afortunado, en blusa de baile.



Una casaca cargada de notificaciones.



Ultima notificacion de la ley : condenado con costas.